



EL TRELEWAZO

40 años en 14 historias

POR QUÉ UN SUPLEMENTO

Corazón y memoria

“La historia del Trelewazo todavía no se escribió”. Eso le dijo Elisa Martínez a **Jornada** cuando le relató su historia. Algo de eso hay en todas las memorias que refleja este suplemento: datos inesperados, confesiones, estados de ánimo que se creían olvidados y que una entrevista revivió. O los cientos de corajudos anónimos que esas noches de asamblea cocinaron para la vigilia o resignaron plata de su sueldo para imprimir un volante. Esos que ya no saldrán en los diarios.

Aquella semana es inabarcable en páginas como éstas. **Jornada** eligió ir en busca de las 16 personas que el 11 de octubre fueron detenidas y encarceladas en Villa Devoto en una razzia vergonzosa. Se llamó Operativo Vigilante, un nombre y un apellido que lo dicen todo. Esa idea peregrina fue la chispa para una protesta colectiva inédita, que obligó a la represión a devolverlos uno por uno.

Desde entonces, muchos de ese grupo son referentes de la militancia y dijeron lo suyo varias veces. A otros los cubrió el olvido. Y algunos más dejaron este mundo quizás llevándose sus reflexiones más íntimas acerca de un proyecto de país.

Para quienes siguen entre nosotros la pregunta fue en qué andan hoy, qué recuerdo tienen de su detención y qué piensan a la distancia de una movilización popular irreplicable. De los demás hablan sus hijos, sus parejas, sus afectos de 1972, los testigos directos del rastillaje uniformado. Y un recuerdo para Mario Abel Amaya.

Cada hombre y cada mujer de aquel octubre son diferentes. En algunos casos piensan cosas tan distintas que sorprende. Ojalá estos textos despierten reflexión en los que peinan canas y curiosidad en los jóvenes, que respiran un Trelew y un mundo tan diferentes. Siempre es mejor no quedarse en el homenaje de bronce.

Hubo quienes mostraron apertura absoluta con la idea. Hubo quienes debieron ser convencidos. Hubo quienes agradecieron que un diario se acuerde de ellos. Hubo incontables mails, llamadas, llantos, risas, mensajes, fotos antiguas. Hubo 16 vidas cruzadas por una madrugada de terror y unidas para siempre.

Si la historia del Trelewazo está sin escribir, que este material pague algo de esa deuda. Queda un agradecimiento profundo a quienes ayudaron en la búsqueda, azarosa en varias partes. Y un abrazo de amistad para los protagonistas, los que hablaron, los que convidaron un mate y abrieron su corazón y su memoria. Que suelen ser la misma cosa.



El Trelewazo

La más alta expresión de la solidaridad política

POR MAURICIO FERNÁNDEZ PICOLO
MAGÍSTER EN HISTORIA
GONZALO PÉREZ ÁLVAREZ
DOCTOR EN HISTORIA

Aquel 11 de octubre de 1972 la historia de nuestra región volvía a sufrir un fuerte golpe. Uno de esos que la marcará por siempre. Es cierto que hay lugares en los cuales la historia parece no pasar, y que hay otros en los cuales se condensa: en Trelew, a unas 7 semanas de la fuga, a unas 6 semanas de la Masacre, la historia volvía a sacudir a todos sus habitantes.

A las 4 de la mañana se inicia el operativo “Vigilante”, ordenado por el juez militar Carlos Di Pietro y ejecutado por el V Cuerpo de Ejército, de Bahía Blanca, junto a la Armada, Gendarmería, Policía Provincial y Policía Federal. Son detenidas más de veinte personas, “acusadas” de haber ejercido la solidaridad.

Entre otros son liberados: Carlos Maestro, Silvia García, Silvio Gratonni y Roque Callejas. Son detenidos, y trasladados al penal de Villa Devoto, Isidoro Pichilef, Sergio Soto Ojeda, Encarnación Díaz de Mulhall, Beltran Mulhall, Elisa Martínez, Orlando Echeverría, Sergio Maida, José Luis Roque Montalto, Horacio Mallo, Manfredo Lendzián, Horacio Correa, Celia Negrín de Montalto y Elvio Ángel Bel de Trelew; Manuel del Villar de Puerto Madryn; Alberto Barceló de Puerto Pirámide y Gustavo Peralta de Rawson. Mario Abel Amaya había sido detenido el 18 de agosto, acusado de colaborar con la fuga. Todos ellos fueron “secuestrados” por orden de un juez militar y confinados sin acusación judicial ninguna.

Las detenciones pretendían imponer el silencio y el terror. Sin embargo

el pueblo respondió como pocos lo esperaban. Ya a las 10 había grupos que se movilizaban por el centro de Trelew, debatiendo qué hacer ante las detenciones. Una hora más tarde la inquietud tomó forma de medida concreta: por la radio se convoca a una reunión en un local partidario. Otro grupo consigue un lugar para una reunión más amplia. Se convoca “al pueblo del Valle” a una asamblea en el Teatro Español. A las 14.30 se inicia la concentración; sobre la vereda un cartel indica: “Aquí sesiona el Pueblo”. Por la noche se elabora otro cartel, en el que puede leerse: “Casa del Pueblo”.

Para la tarde todo el teatro estaba colmado por una mayoría de jóvenes estudiantes y obreros. En el escenario se coloca una bandera: “Libertad a los Presos de la Solidaridad”. Durante la tarde la permanencia en la asamblea ronda las 500 personas, pero en las calles hay más de 2 mil. La noche entre el 11 y el 12 es de vigilia. El Teatro era una verdadera central de operaciones: se decide no celebrar los festejos por el aniversario de Trelew; la Sociedad Española suspendió el acto por el 12 de octubre; y la Asamblea del Pueblo convocó a un paro general para el 13. Un rasgo importante es que, si bien el proceso quedó en la historia como el “Trelewazo”, la dinámica fue regional.

De hecho la medida de fuerza se hace efectiva en toda la región. Se paraliza la actividad comercial, bancaria y de la administración pública. No hay expendio de combustible ni servicio de taxis. Los centros asistenciales y sanatorios mantienen guardias mínimas. Los docentes no dictan clases, salvo en Madryn donde los ausentes son los alumnos. El Instituto Universitario de Trelew no abre sus puertas.

También adhieren trabajadores de la construcción y gastronómicos. Los obreros textiles abandonan las fábricas durante la mañana; en Madryn el acatamiento es parcial y los obreros que construyen ALUAR finalizan su jornada al mediodía. Las emisoras no difunden publicidad y se suspenden los encuentros deportivos y la actividad teatral. Lo único que funciona en la región es la Asamblea del Pueblo; ella sí sesiona todo el día.

Por la noche del 13 una movilización inunda Trelew: los medios de prensa calculan una concurrencia de 6.000 personas. El 16 de octubre se anuncia la libertad de nueve detenidos, además de Isidoro Pichilef que fue liberado el 12: Sergio Soto Ojeda, Encarnación Díaz de Mulhall, Beltran Mulhall, Elisa Martínez, Orlando Echeverría, Manuel Del Villar, Alberto Barceló, Sergio Maida y José Montalto. Entrada la noche se reúne la asamblea: hay alrededor de 3.000 personas, por lo que se realiza al aire libre: se aprueba la propuesta de continuar la lucha por la liberación de los restantes detenidos.

El 19 de octubre se informa que fueron liberados Horacio Mallo, Manfredo Lendzián, Horacio Correa y Celia Negrín. El 20 se realiza el segundo paro general, donde se dan varios piquetes de huelga. Y el viernes 27 se anuncia la liberación de Peralta y Bel. Solamente seguía preso Amaya. La asamblea mantiene su actividad hasta el 14 de noviembre, cuando cientos reciben a Amaya, finalmente liberado, en una masiva movilización en el aeropuerto de la ciudad.

La Asamblea es, sin dudas, el punto más alto de la solidaridad política y la movilización popular que se ha producido durante aquellos años en la región. Es la culminación de un

ciclo de solidaridad política y social con los detenidos políticos. En ese sentido se evidencia como una movilización exitosa, que triunfa en sus objetivos y se constituye como una derrota de la dictadura.

La solidaridad puede ser vista como empatía, pero la forma práctica de esa solidaridad sólo puede realizarse en la medida que se asuma el contenido político de la misma. Por ello afirmamos que esa solidaridad no pasó, solamente, por una reacción moral ante la injusticia, sino también por una identificación con los objetivos y propuestas de los militantes políticos que luchaban contra la dictadura. La asamblea pidiendo la libertad de los secuestrados fue una respuesta a la Masacre, una réplica al intento de imponer el terror. Y también fue, en los hechos, una contundente forma de lucha contra la dictadura y sus objetivos políticos y sociales.

Tras la fuga la dictadura había endurecido su práctica represiva en la región. También lo hizo dentro del penal, mediante el aislamiento de los detenidos. El cerco se rompió la primera semana de octubre, con la visita de más de 80 familiares. Participaron de dos conferencias de prensa, el 6 y 8 de octubre. Las comisiones de solidaridad recibieron a los familiares y abogados, asistiéndolos moral y materialmente, y solidarizándose con sus acciones. Días después se inició el operativo “vigilante”. Es evidente que la dictadura pretendió atacar la continuidad de esa solidaridad política. Pero en esa ocasión no lo lograron, y nuestro pueblo escribió una de las páginas más gloriosas de su rica historia. Hoy, a 40 años, debemos seguir recuperando esa práctica de lucha y solidaridad.#

Staff

Idea, producción y edición

Rolando Tobarez
Silvia Soto

Colaboró

Tamara Sander

Fotografía

Daniel Feldman

Alberto Evans

Norman Evans

Sergio Esparza

Claudio Alejandro

Juan José De Focatiis

Archivo Diario Jornada

Diseño

Diego Ortiz

Agradecimientos

Juan Arcuri

Archivo Provincial de la Memoria

A los familiares de los entrevistados

Materiales de consulta

“La Pasión según Trelew”, de Tomás Eloy Martínez.

“Prohibido Dormir”, film de Diego Pauli y Paula Bassi.

Archivo Diario Jornada.

ALBERTO BARCELÓ, EL PIRAMIDENSE EQUIVOCADO

Una anécdota para los nietos

Las versiones coinciden en que se lo llevaron por error. Estuvo cinco días detenido en Devoto. "Nunca lo vi resentido", cuenta su hija.

Alberto Barceló estaba en el lugar y en el momento equivocado. Días antes del 11 de octubre había aceptado hacerse cargo de un almacén de Puerto Pirámide como un favor de vecino. Pero esa madrugada los uniformados no le creyeron que no tuviera nada que ver con el dueño, y se lo llevaron detenido.

En 1972 vivían en el pueblo unas cincuenta familias. Tenía una escuela pequeña y contaba con luz eléctrica hasta las doce de la noche. No existían los locales partidarios.

Alberto, piramidense de nacimiento, tenía 38 años y era peronista de corazón. Le había tocado cumplir el servicio militar como granadero a caballo durante la Revolución Libertadora de septiembre de 1955 en Buenos Aires, y contaba que conoció a Perón cuando el presidente de puesto le llevaba cigarrillos a la guardia.

La semana de la detención el dueño de la despensa le contó a Barceló que debía viajar a Capital Federal para atender a una hija enferma. Alberto, que administraba el campo familiar, no dudó en cuidar el negocio y llevó consigo a la casa prestada a su mujer y a sus dos hijos pequeños, Nancy y Jorge.

La mañana del 11 de octubre María Ángela Francinelli creyó que los golpes eran los de su hermano que venía a to-

mar los mates de las siete. Le llamó la atención la insistencia.

Se quedó sin palabras cuando se encontró con las armas largas apuntándole a la cara. Quería gritar "hay milicos" pero pudo decir "Alberto levántate que hay policías".

A pesar del pedido de Barceló, los militares entraron armados a la habitación donde dormían los chicos. "Me desperté con la pieza llena de 'policías', como le llamábamos nosotros", cuenta Nancy (foto), que en ese momento tenía 8 años. "Le dijeron a mis padres que todo seguía igual y que nos mandaran a la escuela, así que mi mamá nos preparó la leche en el comedor", recuerda. "Desde la casa escuchábamos que en el negocio tiraban los tarros y los paquetes de las estanterías de chapa con las culatas de las ametralladoras".

Los uniformados no dejaron nada por mirar: levantaron el techo, golpearon el piso, vaciaron cajones, hojearon libros. Ni siquiera las mochilas escolares se salvaron de la requisita.

En la memoria de Nancy su padre permanecía parado contestando las preguntas. "Él contaba que estaba tranquilo porque sabía que no había hecho nada. No tenía nada que esconder. También lo interrogaron sobre el 15 de agosto, el día de la fuga de la Unidad 6 de Rawson: "Fui al campo a buscar los corderos para festejarle el cumpleaños a mi hija", les contestó.

Para Nancy y Jorge la orden

fue "derecho a la escuela, por el medio de la calle, sin mirar atrás". "Cuando salimos vimos milicos con ametralladoras apostados en todo el pueblo. En la escuela tocó el timbre pero mi hermano y yo nos quedamos en el patio. No queríamos entrar porque no entendíamos qué estaba pasando. Cuando vimos que los camiones empezaban a regresar y el helicóptero despegó, volvimos corriendo y encontramos a mi vieja llorando porque se habían llevado a papá".

La mujer no recuerda si los militares encontraron algo con lo que acusar a Alberto. Nunca le explicaron por qué lo detenían. Se lo llevaron con lo puesto: un jean, una camisa celeste de manga

RECUERDO

"Hasta el día de hoy hay matrimonios que nos vienen a visitar después de haber pasado veranos en Pirámide. Algunos fueron por primera vez de luna de miel. Y mi papá, que tenía el quiosco, era muy generoso: si te faltaba algo te lo daba".

larga y el saco de cuero que usaba para andar a caballo.

Barceló permaneció encarcelado entre el 11 y el 16 de octubre. "Mientras estuvo en Buenos Aires no teníamos idea ni dónde ni cómo estaba. No teníamos contacto con nadie", expresa Nancy. "Nosotros no entendíamos qué era un preso político, qué era un militante. Hoy quizá los chicos saben más, nosotros no. En eso teníamos una ignorancia total".

La familia comparte la sospecha de que la detención de Alberto fue un error: "Siempre se dijo que la persona que habían ido a buscar era el dueño del negocio en el que nos quedábamos", explica. Después de los hechos Barceló recordó

haber visto dos personas con tapado en un Torino que le preguntaron quién era el propietario del negocio y dónde estaba. "Y cuando a él lo suben al Hércules se encontró con que el Torino estaba ahí, con los tipos. Yo creo que tenían que llevar a alguien y lo llevaron a él".

Para María Ángela y sus hijos la noticia de la liberación llegó a través de la radio. Esa mañana habían viajado a Puerto Madryn para escucharla: "Los fueron nombrando a medida que bajaban del avión y mi papá fue el último. Cuando mi vieja supo que había llegado nos volvimos a Pirámide a esperarlo".

Alberto regresó en el primer grupo de liberados. Fueron recibidos masivamente en Trelew y hacia la madrugada un tío de su esposa lo trasladó a la villa. "Lo esperamos levantados. A nosotros sólo nos decía que estaba bien. Y al otro día estaba todo el pueblo en mi casa".

El hombre nunca habló demasiado de la detención con sus hijos. Si les describió que había estado en una celda muy pequeña, con una cama, una pileta y un inodoro, y que la comida era muy fea. Entre las pocas vivencias de la cárcel contó que, al ingresar al penal de Devoto, le encontraron en el bolsillo una bala de las que usaba en el campo: "Un milico le dijo 'acá está su sentencia', y él le contestó 'si a usted le parece que por andar con una bala me sentencia, máteme'. Entonces le dijeron 'bueno, la vamos a hacer desaparecer', y así fue".

Con el regreso de Alberto la vida de la familia retornó a la normalidad. "A mi mamá le dijeron que se fuera de ahí por-

que estábamos sentados en una bomba de tiempo. Así que cuando lo liberaron papá cerró el negocio y nos volvimos a casa". La nefasta experiencia quedó atrás: "Cerramos un ciclo: se lo llevaron y había vuelto bien. Nunca más averiguamos nada; eso se cortó ahí".

Sólo un temor los acompañó durante años: los controles en las rutas, cuando los ocupantes del vehículo iban siendo nombrados y, según una lista caprichosa, eran "positivo" o "negativo". "Nuestro miedo siempre fue que su nombre hubiese quedado como preso político".

En 1975 la familia se mudó a Trelew y dos años más tarde a Rawson, pero seguía viajando a Pirámide durante los tres meses de verano para atender el quiosco del pueblo. Ya en 1980 Alberto vendió el campo y compró el Bar El Oriente en Gaiman, que administró hasta su fallecimiento.

Barceló no alcanzó a ver la democracia: murió el 2 de noviembre de 1982 a los 48 años.

En 2011, por iniciativa de docentes de Puerto Pirámide, una de las calles de la villa lleva su nombre, destacándolo como uno de los pioneros del lugar y recordando que fue un preso político. "Siempre se conmemoró más lo que tiene que ver con la fuga y la Masacre, pero no tanto cuando se los llevaron. Después de la democracia esto se perdió. Pero ellos también estuvieron", reivindica su hija en torno a lo ocurrido en octubre.

Cuatro décadas después de los hechos, Nancy asegura que su padre estaría agradecido con la movilización popular que lo sacó de la cárcel y cree que participó en un acto homenaje al Trelewazo en uno de los primeros aniversarios. "Nunca lo vi resentido. Quizá porque no sufrió maltrato", arriesga. "Ya a los 38 mi viejo era una persona muy tranquila, y hoy tendría 78 años. Quizá esto hubiese sido una anécdota para los nietos".#



AQUEL CUADRO DEL PARTIDO COMUNISTA

Soto, un mecánico romántico y olvidado

Lo arrancaron del barrio La Laguna y le quitaron la libertad, “que no se paga ni con todo el oro del mundo”.

Dice que no muchos se acuerdan de él pero que su detención sirvió para la búsqueda de la democracia.

Mecánico vial toda la vida, el chileno Sergio Soto tiene 68 años y está jubilado. La cervical comenzó a molestarlo y ceiba mate con cuidado. Pregunta cómo está el agua. Se toma su tiempo para hablar. Así como lo ve, manso, el 11 de octubre del '72 vivía en barrio La Laguna y era todo un cuadro del Partido Comunista en Trelew. Un tipo bravo. Leía mucho sobre Rusia y Cuba.

Su casa estaba en el terreno que hoy ocupa la terminal de ómnibus. Trabajaba en una tornería. Esa madrugada dormía y los militares le tiraron la puerta abajo. Lo arrancaron de la cama y si no es por su esposa Clementina (ver foto), al camión lo suben en calzoncillos. La mujer le avisó de inmediato a la familia, que se desesperó.

No era la primera vez: había estado preso en la Unidad 6 de Rawson. Antes trabajó en la Municipalidad de Comodoro Rivadavia, donde se radicó con sus padres. “Siempre anduve como mecánico de equipos pesados. En mi juventud fui petrolero y después anduve muchos años en construcción de caminos”.

Apenas pisó Argentina le dio por interesarse en las luchas sociales, que llevaban a la política. “De joven uno tiene inquietudes de participar y de pelear por lo que se sigue peleando hasta hoy en todos los países: la salud, la educación pública y gratuita, la vivienda, todo lo que tiene que ver con el progreso”. Del '72 no recuerda tanto. Le gusta el hoy. “Toda persona es amante de la libertad y de los procesos democráticos en nuestra América y en el mundo”, remata.

Si vuelve a octubre, lo define como “una época jodida, en la cual había miedo, no puedo decir que no porque era muy duro. Ahora cualquiera puede salir a la calle, manifestarse y decir no me gusta tal cosa, protestar. En esa época había que animarse. Estaba todo prohibido”. Estas ideas lo encaminaron al PC, a las pintadas, a la militancia. “Uno tiene algunas tendencias y yo lo veía bueno para la clase trabajadora”.

-¿Lo sorprendió la detención?

-Sentí miedo. Después vino el Trelewazo, porque el pueblo pedía que nos liberaran. Esa reacción no me sorprendió mucho porque el pueblo ya no soportaba más todo aquello. Si salió a la calle a pedir por su gente tiene que haber sido algo espontáneo.

Su familia se turnó para participar de las asambleas. Temían lo peor: una desaparición. Nada en la comisaría, nada en ningún lado. Las puertas cerradas para los Soto. Su hermano Mario marchaba armado con un martillo de tapicero.

El regreso de Sergio fue el de todos: besos, abrazos, plaza llena, emoción. Para él fue un alegrón. No le pegaron. Pero igual el paso por el penal de Devoto le dejó una marca. “Todo encierro se hace largo porque el hombre está hecho para vivir en libertad, y la libertad no tiene precio, no se paga con nada, ni con todo el oro del mundo. Son momentos muy duros para cualquiera que los haya vivido. Ni hay ganas de nada”.

Su trabajo en el PC se redujo a cero. Hubo consejos de la familia para parar la mano, evitar riesgos innecesarios. “No milité nunca más. Aparte por mi trabajo ya no estaba en la ciudad, siempre afuera, en campamentos, y es una vida dura. Uno queda mal”. La distancia y la inactividad lograron que la represión lo deje tranquilo.

-¿Le quedó rencor con los militares?

-No, no creo que todos actúen de la misma

forma. Si uno mira en otros lugares, las mismas Fuerzas Armadas están del lado de su pueblo, como en Venezuela. Esos son los gobiernos populares elegidos democráticamente por la inmensa mayoría.

A 40 años, cree que aquella experiencia colectiva “sirvió para lo que estamos viviendo ahora; tal vez nosotros éramos pocos, éramos nada, pero había otro movimiento en el país y todos peleaban por lo mismo: una vida mejor”. Como buen hombre reservado, a sus hijos Boris y Tania les contó lo justo y necesario de su detención. Para qué darles problemas.

-¿Alguna vez se sintió olvidado?

-Sí, porque pasaron muchos años. Tal vez eso del olvido fue por los momentos duros que se vivían. Pero lo importante es que tenemos democracia y que se consolide.

Su hermano Mario dirá que Sergio “no habla mucho más de lo que sabe, pero interiormente tiene fortaleza porque las cosas que hizo no las hace cualquiera”. Y que no es raro que

se sienta olvidado. “Sucede que como socialistas fueron totalmente marginados. El peronismo nunca quiso al socialismo, se portaron realmente mal y por eso a veces se siente triste y amargado”. Aquel cuadro del PC había luchado para otra cosa. “Ahora pelea cada cual por su rebaño y es horrible. Acá si no sos peronista no valés nada”.

Introvertido y amable, Sergio ceiba otro mate y se disculpa por los detalles. Confiesa que le cuesta hacer memoria, rebobinar, que no tiene tantos estudios para expresarse mejor. Sergio no sabe que lo dijo todo. #



DE PROFESIÓN RADIÓLOGO

Orlando Echeverría, el sabor de la derrota

Dice que aquella movilización es tan histórica como irreplicable pero acepta que prevalecieron los sectores más reaccionarios. Con 74 años, nunca perdió ganas de militar pero no encuentra dónde.

Sentado en su mesa de radiólogo, Orlando Echeverría siente que lo derrotaron. A él y a todos quienes amagaron un cambio. Su mente guarda la película del Teatro Español repleto. Irrepetible, dice. Fue detenido el 11 de octubre a las 6.30, junto con Silvia García, su esposa de entonces. Militaban en el Movimiento Integración y Desarrollo.

Eran el V Cuerpo del Ejército, la Dirección de Investigaciones Políticas Antidemocráticas, la Marina y la Policía Federal. Con toda clase de armas. Secuestraron papeles del MID, del Partido Justicialista y del Frente Cívico de Liberación Nacional. Silvia les exigió el orden de allanamiento: un oficial sacó un papel en blanco con una firma al pie. Ahí mismo escribió nombre y domicilio de la pareja. Y les pidió bolsos con ropa para la cárcel.

En camino al aeropuerto, la mujer discutió: su padre estaba enfermo y sus hijos, solos: las mellizas de 4 años y un nene. No se supo cómo pero los convenció de liberarla. En cambio Echeverría pasó 6 horas en las carpas del aeropuerto viejo de Trelew sin poder hablar con el resto. "Los milicos nos controlaban como si fuéramos delincuentes". Cerca de las 15 embarcaron al penal de Villa Devoto. Viajó atado. Fue su primera vez preso y estaba muy molesto por la prepotencia uniformada.

"Al llegar había un dispositivo increíble de militares por todos lados armados hasta los dientes". Le cortaron el pelo y lo encerraron en una celda individual, pensada para sujetos de alta peligrosidad, con cama de hierro, colchón, manta, lavatorio e inodoro sin agua. Incomunicado y con una rigurosa disciplina. "La verdad que se pasaron de rosca". De un lado tenía a Manuel Del Villar; del otro, a Beltrán Mulhall. Echeverría sabía Código Morse y les golpeaba. "No me entendían un pito pero igual me golpeaban del otro lado y así salíamos que todavía vivíamos".

Supo que algo se estaba haciendo en Trelew. "Salíamos en los recreos del pabellón para un poco de gimnasia, charlábamos y conocíamos al gru-

po". Lo visitó un tal Distéfano, abogado apoderado del MID, su esposa y su padre. Un carcelero le pasó a escondidas recortes de prensa acerca del movimiento popular. Eso lo animó. Lo interrogaron y les dijo poco. Tenía 35 años y nada de miedo.

¿Le sorprendió que lo hayan ido a buscar?

-No esperaba una cosa así. Sabíamos que estábamos controlados porque hacíamos manifestaciones después de la Masacre. Estuvimos reunidos en la plaza y había gente que nos controlaba. Pero en ningún momento se nos cruzó que vendrían en un Hércules con tal cantidad de milicos que coparon el pueblo. Era una cosa absolutamente sobredimensionada.

"Es cierto que teníamos ciertos pensamientos que no tenían nada que ver con la posición de los gobernantes de entonces, pero se les pasó la mano. Creo que no tenían nada que hacer entonces como sabían dónde vivíamos dijeron 'Vamos a joder a alguien a Trelew porque ahí la cosa está que arde'. Pero no ardía nada, éramos personas que logísticamente dábamos apoyo a los familiares de los presos políticos o repartíamos cosas en los barrios".

Nunca le dijeron por qué lo detenerían y ni siquiera era apoderado de un detenido. "Si hubiésemos sido un movimiento tremendamente peligroso, todavía", ironiza hoy. Echeverría describe que caminaban los barrios, se reunían con otros sectores como el peronismo revolucionario y con familias para la discusión política. "Pero la verdad que hasta el día de hoy ni ellos mismos saben por qué nos metieron en cana".

El regreso fue inolvidable, del aeropuerto al Teatro Español. "Estaba completamente lleno. Al salir de Devoto se corría la bola de que nos podían hacer desaparecer en la ruta aérea, tirarnos o algo así". Pero llegaron. Lo bajaron de las camionetas y desapareció entre abrazos. "Fue apoteótico, realmente muy emocionante porque ¿uno qué había hecho? No es un héroe ni mucho menos". Insiste con que su rol fue reunirse en casas, repartir material político para

discutir y "tratar de esclarecer situaciones sociales y políticas", resume.

"Fue más de lo que imaginé, es inolvidable y no se puede narrar, es muy difícil: es vivirlo y nada más. El comportamiento de la gente fue increíble, hasta que no salió el último preso no se desmovilizó. No lo hubiera esperado, me habían comentado algo pero no esperaba una plaza y un teatro llenos. Con palabras es muy difícil de describir. Tengo la película en la cabeza y si uno pudiera proyectarla sería ideal". Al otro día se sumó a las calles pidiendo por el resto.

Tras su detención, Echeverría militó en el Movimiento al Socialismo, un apéndice del Partido Revolucionario de los Trabajadores. "Mi suero militó en el MID, me entusiasmo y me metí; después me relacioné con otros compañeros y tomé distancia del MID para una posición más radicalizada y comprometida".

En 1974 fue preso por segunda vez. Percibió que la mano venía más dura. Revisitó Devoto, pasó por la Unidad 6 de Rawson y comisarías de Puerto Madryn. Terminó en el penal federal de Chaco. Luego, el exilio. Vivió en México y Venezuela. "Hasta acomodarnos la pasamos bastante mal pero nos hicimos día a día". De México casi huyeron. "Nos acusaban de que le sacábamos el pan de la boca a los mexicanos; salíamos con nombre y apellido en el diario: éramos la guerrilla y veníamos a fomentar la violencia, decían".

Regresó en el '83. "Si no hubiese ganado la Unión Cívica Radical no volvía porque desgraciadamente el peronismo de entonces era mucho más jorobado que ahora y le tenía rechazo". Le caen mal Isabel Perón y la Triple A.

Porteño de nacimiento, eligió volver a Trelew. "Es mi lugar, tengo mis amigos y mis enemigos, es donde me siento realmente dueño de muchas cosas". El gobernador Atilio Viglione le dio empleo como radiólogo en el Sanatorio Trelew.

Alguna vez, Orlando viajó urgente a Buenos Aires para una charla con sus hijos. "Me llaman y me dicen que querían hablar conmigo

para aclarar interrogantes que no les cerraban. Estuve un fin de semana, me sentaron en el banquillo de los acusados y tuve que dar explicaciones porque lógicamente tenían una laguna y no sabían qué demonios había pasado, no podían entender por qué nos habíamos ido y el desarraigo, un despelote del que no participaron y debieron agarrarse a las decisiones que tomábamos nosotros".

Echeverría conserva las ganas de militancia. Pero no encuentra el lugar. "No soy como algunos que se dan vuelta: eran marxistas-leninista y ahora ni sé qué son. Traicionan sus principios y eso a mí me pudre y me hace mal".

Prefirió evitar las fotos. No la memoria. "El Trelewazo fue el pueblo que reacciona espontáneamente, como los cacerolazos: un descontento que no canaliza ni maneja nadie. Pero los movimientos espontáneos mueren espontáneamente si no se lo capitaliza o alguien los toma como

bandera. Pero en el '72 no hubo ningún partido político; era simplemente el pueblo".

"Viví un momento que será único en la historia y es muy difícil que se repita". Lo que pasó el 11 de octubre fue que "la gente fue tocada en lo más íntimo: coparon un pueblo con jeeps y tipos armados por todos lados y detuvieron gente cuya peligrosidad era pensar distinto pero no molestábamos a nadie. No habrá otra movilización así, desgraciadamente".

Echeverría mira atrás. Ahí están esos adolescentes de los '70, que leían y discutían. "Eran chicos con la inquietud de hacer algo para un cambio. Desgraciadamente eso se perdió y la juventud no se mete en nada. Hay que asumir y aceptar que derrotaron a quienes queríamos otra cosa". Orlando se levanta, saluda y se va. #



Las 5,30 del miércoles 11 de octubre del '72 en Puerto Madryn. Atolondrado de sueño en su cuarto, Manuel del Villar pensó que se habían quedado dormidos con su esposa Sylvia y que Patricia, la nena, llegaba tarde a la escuela. El grito lo aturdió y no era la amiguita de siempre: "¡Policía Federal!, jabra ya la puerta o la tiramos abajo!". El escribano se calzó las pantuflas y caminó a la entrada. Escuchó un estruendo: apurados por allanar habían baleado dos veces la cerradura de una puerta clausurada, que daba al cuarto.

Postales así conserva Patricia. "La casa en Roque Saenz Peña 172 era antigua, tipo chorizo, con doble juego de puertas: una daba al cuarto de mis viejos, la que balearon, y la principal, por donde entraron". Con sus 8 años se asomó de su pieza. "Irrumpieron un montón de militares. Los vimos entrar y recuerdo los borceguies y la ropa verde".

Dieron vuelta la casa. No quedó rincón sin hurgar. "Mi vieja corrió a su cuarto y sacó de un cajón panfletos celestes que decían 'Libertad para Amaya'". El abogado radical era amigo de Del Villar. Una noche, Patricia y su mamá salieron en coche al centro de Madryn a tirar esos panfletos. Un patrullero les pidió que se dejen de joder. Ahora, una apuradísima señora escondía los papeles debajo del colchón de lana. Cerró la puerta de sus hijos pero quedó una luz para que Patricia viera. Del miedo se juntó en la misma cama con su hermano Martín, de 6. Por un segundo los verdes abrieron, vieron a los chicos pero siguieron.

"Estaba aterrorizada y shockeada porque era demasiado despliegue. No llorábamos pero sí teníamos miedo y nervios de no saber qué pasaba. Pensábamos que nos habíamos quedado dor-

midos y que nos golpeaban para ir al colegio".

Oyó que se llevaban a su padre. "Me impresionó y me quedó grabada la cantidad de gente que iba y venía de laburar, con las manos sobre la cabeza y las piernas abiertas, en el paredón de un baldío, de espaldas uno junto al otro". Los militares habían cercado varias cuadras a la redonda.

Del Villar contaría que la orden de allanamiento se firmó con un sello, "acto viciado de nulidad que permite lo que no fue sino un secuestro legalizado por el estado de sitio". Lo subieron al camión, lo llevaron a su escribanía, de allí a la unidad militar de Madryn y luego a Trelew. Ese tramo lo viajó en helicóptero con Alberto Barceló. En el avión a Devoto fue sentado con Beltrán Mulhall. Un militar les apuntaba con el dedo en el gatillo. "Saqué el dedo que nos puede matar y después van a decir que fue un accidente", le pidió quien luego sería juez.

Patricia igual fue ese día al colegio. "Noté su ausencia y una cosa grave que recién ahora corroboro con gente que se anima a hablar tras 40 años es que en la escuela yo estaba como cuando te cagan a trompadas: te preguntás cómo reaccionar; esa era la sensación. Evidentemente fue un golpe psicológico".

Su madre no les contó demasiado. No vio las asambleas del Trelewazo pero notó el movimiento. "Teníamos mucha angustia y desesperación. No se sabía qué iba a pasar. Estaba en la primaria y era como estar y no estar. No recuerdo que me digan 'Está pasando esto'".

Del Villar fue liberado la madrugada del 16 de octubre, con el primer grupo. "El reencuentro con él es un flash y debe haber sido muy fuerte porque no lo recuerdo. Hay espacios en blanco y en la medida que uno tiene permiso empieza a recordar cosas". Del Villar revisó papel por papel su oficina para saber por qué lo detuvieron. Le secuestraron un ejemplar de El Regional, un informe de Hipólito Solari Yrigoyen para la militancia radical y la fotocopia de un recurso a favor de Agustín Tosco, preso en la Unidad 6 de Rawson, que no le pertenecía. Le dijeron que alguien lo había denunciado. Pero supuso que cayó al azar, por intimidación, combinado con la incapacidad de la inteligencia militar.

De la detención no hablaron jamás. En enero del '82 Patricia

CRÓNICA SOBRE UN ESCRIBANO

Manuel Del Villar, la procesión que va por dentro

Nunca habló mucho de su detención. Pero a su hija Patricia le confesó que lo peor fue la tortura psicológica de creer que su familia había sido asesinada. "Mi viejo no podía creer la movilización popular".

cia se mudó a Buenos Aires. Hizo terapia. Se sintió más segura y pisó fuerte para animarse "aunque el otro quiera estar en silencio. Cada año de mi vida

ABUELO SARGENTO

Además de profesor de Educación Física, el abuelo de Patricia era sargento del Ejército en Trelew. Se llamaba Leandro Argentino y murió un 9 de julio del '72.

me sorprende y me vuela la cabeza todo lo siniestro que pasó".

Pero sólo una vez se atrevió a sentarse de frente con su papá acerca de esa semana. No le arrancó mucho. Le contó que lo dejaban en el patio de la cárcel, desnudo y muerto de frío. "Mi viejo era sumamente pudoroso con su cuerpo. Haber estado desnudo delante de los milicos debió ser espantoso".

Sin embargo, "lo más grosso fue la tortura psicológica: le decían que a nosotros nos habían matado. Fue lo único que me pudo decir". Los militares pasaban un fierro por los barrotes de las celdas y les decían que se preparen para ser trasladados. En lenguaje de represión, trasladado era muerto. Junto a su celda estaba Orlando Echeverría.

"Él hablaba de lo que quisieras, era un tipo superestudioso pero en lo emocional era una piedra: no es que no sintiera pero la procesión le iba por dentro". Igual con su hija era muy afectuoso. Después de octubre los uniformados siguieron molestando. Amenazas de bomba, por ejemplo. En 1979 Patricia cambió la fiesta de 15 por un viaje sola a Francia, un mes. Se alojó en casa de Hipólito Solari Yrigoyen. Pasó por Inglaterra y España. "Las cartas de mi vieja llegaban abiertas y sin la carta.

Al volver a Madryn le hacen saber al comisario que no podía estar sola ni para ir al colegio porque los servicios me querían secuestrar".

Todavía hoy Patricia cree que a Manuel lo llevaron para que por cada uno de los 16 fusilados de Trelew hubiera 16 presos simbólicos de la zona. Aunque Del Villar no se vinculó con la Comisión de Solidaridad.

Un dato a su hija le hace ruido: como senador radical, su padre votó las leyes de Obediencia Debida y Punto Final del gobierno de Raúl Alfonsín. "No me pareció y se lo cuestioné en su momento; para mí fue gravísimo: le dije que cómo lo iba a votar sabiendo de toda la gente masacrada. Era un tipo de ley pero en política lamentablemente hay cosas que se hacen. ¿Cómo vas a firmar una cosa así?, le dije. 'No quedaba otra porque la que se viene es mucho más grave', me contestó".

El 13 de enero del '76

Del Villar se accionó en coche rumbo a Trelew. Estuvo en coma interno en la clínica de Atilio Vigliore.

Per-

dió la movilidad y fuerza del brazo derecho. Debió aprender a escribir con la mano izquierda. El 23 de junio de 1988 murió en un accidente muy parecido, en la misma ruta.

-¿Si viviera qué pensaría del Trelewazo?

-A mi viejo lo emocionó, no podía creer la movilización popular. Estaba sumamente agradecido y lo conmovió lo solidario de la gente. Sucede que como fue intendente, aún hoy tras tantos años hablás en los barrios y con la mayoría tuvo algo que ver porque le solucionó algo. Miraba a todos por igual, era muy sensible y sabía escuchar, por eso sus silencios. Su generación no estaba preparada para conectarse con lo emocional.

Patricia es bióloga (ver foto). El 17 de octubre inaugurará BienSur, una librería jurídica en Madryn. "La ley es muy importante porque cuanto más conoce uno sus derechos, menos posibilidades hay de que lo engañen. Cada año de mi vida recuerdo esa semana". Por estos días se embarcó en una búsqueda particular: quiere que el local tenga aquella puerta de aquella casa, que los militares no abrieron ni a balazos.#



UNA PROFESORA Y UN ABOGADO QUE LE GANARON A LA DICTADURA

Encarnación Mulhall, la mujer que espera justicia

Volvió de Devoto pero más tarde debió huir a Rosario para salvarse. El matrimonio regresó en democracia. Beltrán se convirtió en juez federal y llevó causas de Derechos Humanos. Encarnación enviudó en 1990 y hoy confía en la condena del juicio por la Masacre.

Una mujer aferrada a su cartera, sentada en la primera fila del teatro, escucha absorta los testimonios. No ha faltado a una sola audiencia desde que comenzó el juicio por la Masacre de la Base Almirante Zar. Los choferes ya conocen a Encarnación Díaz de Mulhall: a sus 83 años va y viene de Trelew a Rawson en colectivo. A días de la histórica sentencia confía en la condena para lo que, no duda, fue un asesinato planificado.

"Nunca nadie creyó el intento de fuga", asegura la profesora de Letras jubilada (foto), sobre el 22 de agosto de 1972. "En Trelew todo el mundo dijo 'los mataron'. No hubo dudas. La reacción fue de anonadamiento de la población. ¿A tanto se atrevieron?"

Encarnación y su marido, el abogado Beltrán Mulhall (foto), conocían la realidad de los detenidos políticos de la Unidad 6 porque integraban la Comisión de Solidaridad que recibía a sus familiares. El estudio jurídico de Mario Amaya y David Patricio Romero se convirtió en el lugar de referencia para sus miembros.

Paralelamente comenzaron a designarse los apoderados de los presos. Llegó a haber un centenar. Encarnación fue elegida para representar a Inés Urdampilleta, del ERP, a quien sólo pudo ver una vez. Ante la ausencia de sus familiares, los jueves de visita los locales llevaban cigarrillos, estampillas, remedios y hasta polvo contra las chinches. La actividad fue prohibida después de la fuga.

Un cuento para Kafka

La madrugada del 11 de octubre Trelew amaneció como una zona en guerra. Los uniformados con

armas se multiplicaron. "Todo el mundo hablaba de una ciudad sitiada". Los allanamientos llegaron a muchos domicilios, "pero ellos traían anotados a los que tenían que detener. Y coinciden en un 99 por ciento con los que eran apoderados".

A los Mulhall les tocó a las cinco de la mañana. El jefe del operativo, envuelto en un tapado de piel de camello beige, les anunció el procedimiento. No hubo cómo negarse a cuatro hombres armados. Las dos hijas del matrimonio todavía dormían. 'En la habitación de las señoritas no', prohibió el de civil cuando los otros quisieron meterse. "Esa fue toda una gentileza", recuerda Encarnación.

La requisita siguió en la pieza del matrimonio. Fue puntillosa: documentos, cartas, sobres, ficheros. Un trabajo de investigación lingüística sobre el cuento En la colonia penitenciaria, de Franz Kafka, llamó la atención del jefe. Era un ejercicio para el curso de crítica literaria que Beatriz Sarlo había venido a dictar a Trelew. Encarnación tuvo que convencer al militar de que el libro existía: "Está dentro del sobre. Léalo". 'No, está bien. Kafka es muy oscuro para mí'. El del tapado se guardó las hojas aunque no las mencionó en el acta.

A esa altura las dos nenas ya partían para la escuela. "Avisá al director que voy a llegar tarde", le pidió Encarnación a su hija. No sospechó de la mentirosa invitación "a firmar unos papeles" para el Distrito Militar.

La tranquilidad de los dos detenidos se esfumó cuando el vehículo enfiló para el aeropuerto viejo. Como precaución la pareja iba saludando a

los conocidos. "Si desaparecíamos que alguien pudiera decir que nos llevaron" era la lógica. Al llegar los esperaban tres carpas y otros vecinos.

Los dieciséis presos fueron retenidos hasta las cinco de la tarde. "La partida se demoró porque buscaban a Rudi Miele. Era el

dueño de la panadería Torino, la más conocida de Trelew. Él mismo atendió a los uniformados, pero como no le conocían la cara negó que Rodolfo Miele hubiera ido a trabajar, y pudo escaparse".

La alegría del pueblo

El Hércules llegó a El Palomar de noche. Los chubutenses fueron trasladados en camiones hasta el penal. Al momento del ingreso Encarnación debió entregar sus pertenencias. En la cartera todavía llevaba dos libros de literatura española con los que ese día iba a dar clase. Fue alojada sola, en el mismo pabellón que Elisa Martínez.

Por una celadora se enteró de la rebelión popular. "En Trelew hay un lío pidiendo por ustedes", me dijo. Eso me levantó el ánimo. Yo creía que iba a pasar la Navidad ahí. Pensaba en las chicas. Después supe que las ampararon. Y que el Día de la Madre llevaron flores al monumento como un homenaje a las tres presas que teníamos hijos".

Devoto volvió a cruzar los destinos de Encarnación e Inés Urdampilleta. Al revés de lo que ocurrió en la Unidad 6, fue la joven la que hizo de anfitriona de su ex apoderada en su primer domingo en la cárcel. La misma celadora de la confidencia apañó el gesto: 'Como vos no tenés visitas quería compartir lo que me trajeron', le dijo Inés, ofreciéndole una taza de mate cocido y un pedazo de torta. Fue la última vez que supo de ella. Detenida en 1975, Inés continúa desaparecida.

Dos días antes de ser liberada, Encarnación y su grupo fueron puestos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Ella asegura que se debió a la presión de la Asamblea del Pueblo y del jefe del penal. "Así salvaban el hecho de que nos habían secuestrado, porque no nos podían acusar de nada". Fiel a su carácter, se despidió de Devoto con alguna ironía sobre la democracia y lo que había vivido allí.

Un avión los trajo de vuelta. En el aeropuerto ya había autos que celebraban su llegada con bocinazos. La caravana los acompañó hasta la plaza y de ahí al Teatro Español. "En ese momento había poca gente por

que era la una de la mañana, pero al rato la sala empezó a llenarse. No sé cuál era la forma de comunicación pero fue eficaz. Yo recuerdo estar en el escenario junto al resto y recibir besos y abrazos de desconocidos. Era la alegría del pueblo que había rescatado a su gente. De oponerse a una dictadura y sus atropellos. Era el triunfo de su acción, de su lucha fuerte y pacífica".

Esa madrugada se inauguró la ceremonia que se repetiría tres veces más con la vuelta de Mario Amaya: tachar el nombre de los liberados que figuraban en una gran sábana blanca que colgaba del palco central. "A nosotros nos salvó la acción de la Asamblea del Pueblo, que llegó a reunir hasta 4.000 personas en las manifestaciones. Era mucho para el Trelew de ese momento".

A medida que regresaban los ex detenidos se iban sumando a la acción. Por sus cualidades de oradora, Encarnación siempre era invitada a usar el micrófono. También habló en Puerto Madryn y en Comodoro Rivadavia, en donde se generaron actos de apoyo.

Octubre fue "la explosión del pueblo, después del anonadamiento por la Masacre y la posterior implantación del terror. Y lo simbolizo en esto: en una manifestación en la que participé, pasando frente al Distrito Militar, el grito era 'abajo los marinos, cobardes y asesinos'. Eso refleja lo que el pueblo pensó de aquel hecho".

-¿Cuál es tu reflexión a 40 años del Trelewazo?

-Fue el triunfo de un pueblo unido. Este es un caso modelo de cómo el pueblo, dejando de lado las diferencias, defiende un derecho que afectó a la población en forma pacífica y organizada. Nuestra detención confirma la teoría de que (la Masacre de Trelew) fue un crimen de lesa humanidad. El terror se trata de establecer con la muerte. Era el escarmiento a la solidaridad. 'Miren de lo que somos capaces'.

Libertad y después

Para los Mulhall la alegría duró poco. En 1974 la persecución y las amenazas recrudecieron. Encarnación vivía alerta: "Siempre iba mirando una puerta, un jardín adonde pudiera entrar si me interceptaban para raptarme". Una noche la pareja ya no pudo volver a su casa: los esperaba un operativo.

Otra vez la solidaridad: durante varios días vivieron en domicilios saltados y finalmente un amigo los llevó a Río Negro, desde donde volvieron a su Rosario natal. Allí debieron comenzar de nuevo.

Con la democracia su regreso no se hizo esperar. Beltrán llegó el mismo día de asunción de las autoridades. "Él contaba que lo rodeaban más a él que al nuevo gobernador porque la mayoría pensaba que nos habían matado".

El abogado asumió como juez federal y llevó adelante causas sobre apremios y torturas. Se convirtió en un prestigioso referente en la defensa de los Derechos Humanos. Falleció en noviembre de 1990.

Dueña de una prodigiosa memoria, Encarnación se esmera por transmitir lo que vivió. Sabe del valor de la historia para las generaciones que vienen. Hoy la desvela el veredicto del juicio por la Masacre. "Fueron acciones de psicópatas, porque nunca pidieron perdón. El que es bien nacido debe decir nunca más. No puede volverse a eso. Por eso los culpables pueden y deben ser condenados".#



POSTALES DE UNA PAREJA LIBERADA

Martínez y Mallo, emoción que deja sin voz

La detención los sorprendió en su primera noche juntos. Él jugó al ajedrez con los sobrevivientes de la Masacre. Muda, ella ni tocó el suelo cuando regresó a Trelew.

-Oiga, ¿por qué no baja la ametralladora?

-No se preocupe señora, si se me escapa un tiro, yo voy preso.

Sentada en la mesa, de madrugada, mientras el grupo armado daba vuelta la casa de Lloyd Jones y Cutillo, Elisa Martínez le pidió ese favor al soldado. La noche anterior, 10 de octubre, había decidido irse a vivir con el escultor Horacio Mallo. Linda luna de miel estaban pasando.

Silvana y Aldo eran hijos de su primer matrimonio con Horacio Franzetti. "No me voy a ningún lado hasta que el padre no busque a mis nenes". Pacientes, los militares aguardaron hasta que el "Pato" llegó de Rawson.

Durante mucho tiempo a Elisa le hizo mal escuchar golpes fuertes y secos en una puerta. Le hacían recordar esa madrugada de allanamiento. "Me quedó como una marca". Horacio Mallo, su pareja artista, no paraba de hablar. "Era dueño de un campo y cuando el que comandaba el grupo le pregunto la extensión me acuerdo su cara de sorpresa; el militar no entendía nada de los espacios en la Patagonia. A Horacio le era muy fácil hablar. No era mi caso".

"Después del 22 hubo una negrura, se vino la noche para todos -reflexiona-. Inmediatamente uno sintió que todos los que habíamos sido apoderados o teníamos algo que ver corrimos la misma suerte. Era agobiante: de noche no se dormía. Era como que uno lo estaba esperando".

A Elisa le quedaron imágenes de aquella semana, flashbacks, retazos detenidos. Trelew era "una ciudad tomada". Había miedo y a la vez conciencia de que ir preso era posible. "Es una mezcla de todo: estábamos en el '72 y una vez más la Patagonia y Trelew fueron escenario del ensayo del feroz terrorismo de Estado que vendría después". Las fotos de esta página muestran a la pareja entonces y en años más cercanos.

En otras palabras, "todavía no había un registro tan inhumano como vino después; era una mezcla extraña entre miedo y respuesta de resistencia a la Masacre. Aunque uno no lo tuviera muy oficialmente dicho, lo estaba percibiendo. Se oía: Trelew cambió de la noche a la mañana".

No más de 26 mil habitantes. Todos se conocían y por eso la presencia militar se notó rápido. "Hubo autos extraños, caras extrañas, uniformes por todos lados. Claro que era intimidatorio". Mallo tenía la misma percepción. "En eso compartíamos absolutamente, al igual que en el trabajo en la Comisión de Solidaridad".

No estaban afiliados a ningún partido pero de jóvenes ya tenían detenciones. Martínez fue apoderada de Mariano Pujadas; Mallo tuvo otros varios a cargo. "Fue una respuesta de solidaridad con los presos de la misma manera que la hubo luego con nuestras detenciones".

Que los vecinos los hayan visto rumbo al aeropuerto fue un alivio. "Te llevaban y alguien lo iba a saber, era una sensación de protección y de hecho fue así". Como el resto, la pareja llegó a las carpas y subió al Hércules. "Los comentarios se mezclan con los recuerdos y por eso muchas veces no leo sobre el tema: para no contaminar el recuerdo", advierte Elisa.

Otro fotografía es la panza del avión. "Había tanta gente que parecía una representación teatral, porque estaba lleno de personas que parecían abogados, con traje y maletín; otros como un albañil o como pintor. Estaban todos representados para poder camuflarse en el pueblo". Había hasta un Torino. "Iban impertérritos, ni se movían".

En Devoto no hubo maltrato físico pero sí psicológico: "No saber dónde ibas ni por qué ni para qué estabas ahí". No tenía idea de la movilización popular en Trelew. Los ayudaban abogados de presos políticos y también letrados anónimos. "Interponían hábeas corpus aún sin conocerlos; todo eso está en las venas de Trelew. Nos conmovió". Su única seguridad era estar en un penal, es decir que alguien se hacía responsable por sus vidas. Al tercer día pidieron por nota hablar con el director, quien les explicó que estaban a disposición del Poder Ejecutivo Nacional.

En su encierro Mallo fabricó piezas con pan y jugó al ajedrez con Ricardo Haidar,

sobreviviente de la Masacre. Alberto Camps, otro de los que zafó del fusilamiento del 22 de agosto, le pasó libros de la biblioteca del penal para mostrarle la ignorancia uniformada: estaban editados en la Unión Soviética.

Un recuadro en un diario enteró a Elisa del movimiento popular en la ciudad. "Que el pueblo sesione era una cosa que no entraba en nuestra cabeza. Pensaba que era imposible que nos soltaran antes de los tres meses".

Una tarde, una celadora le pidió que preparara sus cosas "porque me iban a buscar de Madrid, donde había mucha gente pidiendo por nosotros". Elisa quedó extrañada y lo entendió después: "Madrid" era Puerto Madryn.

El grupo de la primera tanda de liberados se reunió en el patio del penal. Estaban Sergio Maida, Manuel Del Villar, Manfredo Lenzian, Beltrán Mulhall. "Empecé a decirles a todos que no sabíamos dónde íbamos y que nadie estaba seguro de que te devolvieran a Trelew, como decían; y que si habíamos ido todos juntos, todos juntos debíamos volver. Hasta que Mulhall me dijo que me callara".

La impactó la movilización. "De 26 mil habitantes, hubo 6 mil en la calle". El grupo que regresó el 16 de octubre decidió que no los repartan en sus casas sino ir derecho al Teatro Español. "Tengo el recuerdo muy fresco: nos trasladaron en móviles del Ejército, llegamos a la plaza, un montón de gente coreando mi nombre, me levantaron y no pisé el suelo hasta que no me dejaron en el escenario". Se preguntó si esa era su ciudad.

"De pronto te encontrás gente que te lleva en andas. Fue tan fuerte

que perdí la voz. Voy a recordar siempre esa reacción".

"La Asamblea del Pueblo no se paraba ni de día ni de noche con comunicados, charlas movilizaciones, música, cantos, toda la resistencia hasta que devolvieran al último de los vecinos". Colgaba una sábana con los 16 nombres y cada liberado borraba el suyo cuando salía. "Todos se emocionaban al llegar al teatro y debían enfrentarse con la gente". La llegada de Horacio fue parecida, cuatro días después.

-A 40 años, ¿qué fue aquello para vos?

-En el último 22 de agosto estuve en Trelew y siempre encontrás algo nuevo, recordás algo nuevo o sucede algo nuevo. Allí se planteó instalar a Trelew como capital de los Derechos Humanos. A mí se me ocurrió que los DD.HH. son como las utopías: se van moviendo y no son estáticos. Antes de su muerte, Eduardo Luis Duhalde decía que así como Trelew es conocida en el mundo como la ciudad de la Masacre, fuera la ciudad de la memoria.

Alguien dijo que para ser justos, debería ser recordada por la solidaridad. "Es que así empezamos y es muy buena idea, porque fue la característica". Martínez asegura que "en ningún otro lugar se repitió esa movilización, con la ciudad tomada tres días y una asamblea en sesión. No hay otra instancia en el país así".

-¿Y qué diría Horacio?

-Contestaría igual, quizás más rimbombante. El último 22 de agosto se descubrió el segundo busto de Mariano Pujadas, que empezó pero no terminó porque falleció antes. El primero había sido destruido por los militares. Si quiso hacer otro es porque tenía las mismas convicciones que entonces.

Nadina Mallo, su hija, dice que su padre era "un personaje", un gran narrador que lamentablemente casi no dio entrevistas. "Yo lo pinchaba para que me cuente cosas pero hay respuestas que nunca tuve y que se llevó a la tumba, quizás por esa lógica de sobreviviente de no dar información para proteger al otro. Hoy estaría apasionado esperando la sentencia por la Masacre".

Horacio murió en mayo de 2007. Elisa fue la primera subsecretaria de Derechos Humanos del Chubut. Está jubilada y reside en Mar del Plata. Agradece la charla. "Hace falta quien recuerde la historia, pero también quien la escriba".#



UN ESTUDIANTE EN DEVOTO

Manfredo Lendzian, el más joven

Lo detuvieron cuando recién nacía su primer hijo. Se lo llevaron junto con el obrero Isidoro Pichilef. "El pueblo reclamó por el respeto de la ley".

En 1972 Manfredo Lendzian vivió dos hechos que iban a cambiarle la vida: el primero en su dimensión más íntima, y el segundo en su experiencia política. El 8 de septiembre de ese año nacía Erico, su primer hijo, y 33 días después era detenido junto a otras quince personas, hecho que desató el histórico Trelewazo.

En esa época la ciudad de 25 mil habitantes hervía política y culturalmente. A principios de la década Manfredo, de 20 años, participó en la creación del centro de estudiantes de la flamante carrera de Oceanografía. Más tarde, ya casado con su compañera Cristina Pereyra, se volcó hacia la Juventud Peronista. "A mí me detienen por ese doble rol de estudiante y de militante político", resume.

Lendzian y su mujer también pertenecían a la Comisión de Solidaridad con los presos de Rawson, y ella había sido elegida apoderada de Alfredo Kohon, militante de las FAR, quien resultó uno de los dieciséis fusilados de la base Almirante Zar.

Recibir madres, abuelas, padres, esposas y hermanos de

los detenidos se había naturalizado: "Teníamos dos habitaciones, una cocina, un estar y un baño y ahí llegaron a dormir doce personas. Los colchones se tiraban en cualquier lado", recuerda. Y no se trataba de una actividad secreta. "A veces venía el colectivo con los familiares y atrás el patrullero. Evidentemente tenían la orden de vigilar adónde iban y qué hacían".

A partir del 15 de agosto, cuando ocurrió la fuga del penal, el clima se volvió más denso y se reforzaron los controles sobre quienes ejercían la actividad política. El matrimonio convino que era mejor que Cristina, que estaba a punto de ser madre, se fuera a La Plata con sus hermanas. Hasta allá viajó Manfredo a principios de septiembre para conocer a su hijo recién nacido.

Trelew inédito

El 11 de octubre alrededor de las 4 de la mañana el Operativo Vigilante llegó a la casa ubicada en Estados Unidos -hoy Soberanía Nacional- casi Ramón y Cajal. En esa época las viviendas de la zona estaban rodeadas por descampado pero los militares igual consiguieron dos testigos.

En ese momento Isidoro Pichilef, el obrero de la construcción que había sido apoderado de un sindicalista, vivía con el matrimonio Lendzian. Los dos hombres se levantaron con los gritos y rápidamente entendieron que nada bueno venía. "Revisaron y dieron vuelta todo. Por supuesto que estaba lleno de panfletos y publicaciones de izquierda", sonríe Manfredo. Iba a ser su primera detención: "Uno sabía que esa era una posibilidad y con ese miedo se vivía. Tenés que superarlo porque si el miedo te abruma no hacés nada".

Los dos fueron subidos a un camión que los dejó frente al entonces Distrito Militar, y de allí fueron trasladados al aeropuerto viejo en donde habían montado carpas. Lend-

zian sólo recuerda haber compartido esas horas con Pichilef y con el periodista Luis Montalto. Sobre la tarde el avión Hércules levantó vuelo con los dieciséis detenidos, de los cuales Manfredo tuvo el triste honor de ser el más joven.

De las casi dos horas que duró el angustiante vuelo, lo único que Lendzian no pudo olvidar es cómo un gendarme se ponía balas de una pistola 45 en los oídos para contrarrestar el malestar por la presión.

En ese momento los trelewenses temían un destino de tortura y muerte. "Así que cuando nos enteramos que nos llevaban a Devoto nos aliviarnos: ya estábamos institucionalizados".

Después del ingreso en común los hombres fueron llevados a una sala en la que debieron desnudarse para ser revisados por un médico, y donde también les cortaron el pelo. De ahí fueron trasladados a las celdas individuales. "Ahí conocí que la forma de comunicación era a través del inodoro. El depósito hace de caja de resonancia y con ese sistema nos hablábamos", recuerda. "En donde yo estaba había un agujero muy pequeño así que cuando nos traían la comida veía que enfrente mío estaba Beltrán (Mulhall). Salía a recibir la comida con su sobretodo largo".

En una oportunidad Lendzian pidió lectura para sobrellevar el tedio: "El guardia no me contestó. A la siguiente ronda abrió la puerta. En el piso había revistas. Me las empujó con el pie y cerró. No podía dárme las abiertamente. Fue un gesto interesante".

El entonces estudiante estuvo preso del 11 al 20 de octubre. Sus únicos contactos fueron con el maestro Ángel Bel en una sala de espera y la celda compartida con el escultor peronista Horacio Mallo durante los dos días anteriores a la liberación.

La notificación de su salida fue breve: "La noche anterior golpean y dicen 'Mallo se va' y Horacio preguntó '¿Y Lendzian?' 'Ah, también'". Manfredo viajó a La Plata para reencontrarse con sus familiares, que habían querido visitarlo pero no fueron autorizados. Allí supo de la rebelión popular en el sur.

"El recibimiento fue excepcional", recuerda. "Cómo se manifestó Trelew, cómo reclamó por el respeto de la ley. Por lo que me enteré las personas decían 'si han cometido algún delito que sean juzgados acá'. La detención se consideró un avasallamiento a la sociedad. Eso

es muy interesante. Vaya mi reconocimiento a todo el pueblo".

Los liberados fueron llevados al Teatro Español e invitados a hablar (foto). Él sólo recuerda haber agradecido. "Lo de Trelew es algo inédito. Podría compararse con el Cordobazo, el Rosariazo, pero aquellos tenían una reivindicación política instalada, había actividad sindical. Acá fue un pueblo: la gente salió a la calle, cerró los negocios. Ese repudio es realmente impresionante".

Manfredo compara el espíritu del Trelewazo con la convocatoria para la liberación de presos políticos que se realizó el 25 de mayo de 1973, con la asunción de Héctor Cámpora a la presidencia. "Ese día a la mañana en la plaza Independencia recuerdo cómo se reunió el pueblo. La gente cantaba el himno. Incluso estaba el gobernador Benito Fernández. Era por presos políticos que podrían ser vistos como delincuentes".

-¿El Trelewazo fue también una reacción por la Masacre?

-Se trató de imponer el poder por parte del Estado, por parte de quienes gobernaban. ¿Cómo? 'Nosotros sufrimos una afrenta con la fuga del penal, los fusilamos pero ahora vamos a reprimir al pueblo que fue soporte de que esto sucediera'. Fijate que los detenidos fueron integrantes de cada uno de los sectores: yo estaba en el político estudiantil, Montalto era periodista, Celia era médica en el pueblo. Es la sociedad a la cual se castiga.

-¿A ustedes los salvó la movilización popular?

-En función de esa época el hecho de que nosotros fuéramos a una cárcel hizo que estuviéramos 'a seguro' entre comillas. Pero, ¿cuánto tiempo hubiéramos permanecido? Quizá hasta las elecciones, porque estábamos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional. Nosotros no teníamos causa. ¿Qué causa se nos podría hacer? ¿Qué delito habíamos cometido?

Tras su liberación Lendzian se reintegró a Agua y Energía, en donde tenía actividad sindical como delegado. Continuó hasta 1976 cuando lo despidieron casi al mismo tiempo que a su esposa, docente de secundaria. Hasta el retorno de la democracia sobrevivió trabajando en un estudio de ingeniería. Después volvió a un empleo estatal y en la década del 90 se inscribió en la licenciatura en Ciencias Políticas, de la que egresó. Actualmente es ayudante de cátedra en dos materias de Abogacía.

-¿Cuál es tu reflexión a 40 años del Trelewazo?

-Que como Estado perdimos el rumbo. A partir de 1972 perdimos el mandato que tiene el Estado de asegurar la norma. Y máxime con la figura de los desaparecidos, que es aberrante. El Trelewazo fue tomar un pueblo, cercarlo, detenerlo sin ninguna causa, separando a las personas de sus jueces naturales. Anticonstitucional totalmente, como es el estado de sitio. #



UN LÚCIDO ANÁLISIS POLÍTICO DE LOS AÑOS DE PLOMO

Sergio Maida, una crónica de Trelew hasta Lula

Dice que lo buscaron por haber sido apoderado del "Negro" Quieto, líder de las FAR. Fue secuestrado, se salvó de milagro, eligió Brasily desde allí dice que se puede militar desde cualquier lugar del mundo.

A penas lo subieron al camión militar, Sergio Maida vio sentado a Carlos Maestro. "Al comienzo me pareció otro allanamiento de los comunes en esa época. Me esposaron y me metieron en la parte de atrás", dice de aquella madrugada de octubre en Trelew. El futuro gobernador radical de Chubut estaba "congelado de frío y miedo; en pocos minutos adquirí la misma sensación térmica de mi compañero de viaje".

Al despedirse de su mujer Lala, Maida le susurró que le avisara a don Roque Callejas, presidente del Partido Socialista Popular, del cual Maida era apoderado. "Ella fue corriendo, entró y no percibió que el viejo Callejas no estaba solo: 'Don Roque, llevaron a Sergio'; 'Calma m'hija, que parece que me van a llevar a mí también', respondió el pícaro líder socialista con sus bigotes de Alfredo Palacios".

No sucedió pero se notó que la operación no era ir por algunos: "Desplegaron miedo y amenazas en todos los que podían tener alguna relación con los presos y con la comisión; hubo más de 100 domicilios allanados y la ciudad, sus entradas y salidas, ocupadas".

"Todos pertenecíamos, de una u otra forma, a la Comisión de Solidaridad", dice Maida. Esa entidad no tenía sede, ni presidente, ni comisión directiva, ni papel de carta, ni archivo, ni afiliados, ni partido, ni personería jurídica. "Estaba en constante movimiento y era totalmente autogestivo, una red de voluntarios siempre vigilada por los agentes de la dictadura".

En el aeropuerto, Maida vio estacionado el enorme avión Hércules C 130. "En el medio de la nada una carpa de ejército donde nos dejaron parados mirando la lona prohibidos de hablar y de mo-

vernos, todo el tiempo con armas que nos apuntaban mientras escuchamos que buscaban en la ciudad a Chiche López y Rudi Miele, 'peligrosos subversivos'".

En ese momento "pensamos que inventar un intento de fuga en esas condiciones sería más fácil que dentro de la Base Zar, hasta que decidieron terminar la búsqueda y nos llevaron en fila dentro de la nave". Allí liberan a Maestro. En la barriga del Hércules había varias filas de asientos de lona para transportar tropa. Los sentaron y esposaron. "Metieron un auto que había participado de la operación y despegamos". Para asustarlos los amenazaban con tirarlos al mar.

En tierra los recibió un uniformado que había sido director del penal de Rawson antes de la fuga. Les garantizó que iban a Villa Devoto. "Nuestro tour continuó en otro insólito medio de transporte, aquel celular oscuro y sin ventilación, parados y tambaleando, pero que nos brindó el alivio de constatar que oficialmente estábamos en cana rumbo a un bendito penal".

Les leyeron el reglamento interno y a la celda. "Una puerta de hierro y una ventana de barrotes suficientemente alta para no poder mirar para afuera. Inscripciones talladas en las paredes completaban la decoración". Maida terminó ese día agitado, tratando de hacerse a la idea de que pasaría meses allí. Y que para el nacimiento de su primer hijo, en febrero, estaría preso.

Pasó una semana sin salir de la celda. Sólo se comunicaba con Horacio Mallo a través del caño de la pileta. "Con un goteo imparable en la nuca durante la charla, fir-

mando autorizaciones de ilustres abogados que ofrecían sus defensas". En eso estaba cuando lo visita su mujer y un letrado. "Me cuentan que Trelew está tomada y que nos iban a liberar".

Regresó en un avioncito, un Guarani. Pararon en Bahía Blanca esperando que se disperse la gente en la plaza de Trelew. "El jefe de ceremonial del interventor Costa, capitán Nuñez, con quien había trabajado como profesor en una carrera de Turismo, nos recibió y trató de convencernos de llevarnos a casa; recusamos la gentileza y pedimos que nos dejen en la plaza, donde caímos, textualmente, en los brazos del pueblo que nos esperaba". El resto es conocido.

El proyecto de vida en Trelew de Maida, que era para siempre, duró 4 años más. Una primavera larga, con vuelta a la democracia, fútbol, Amaya electo diputado nacional, 2 hijas, activa vida profesional, política en el socialismo, candidato a concejal, playa, asados, campeonato de ping-pong. "La perspectiva era tan estimulante que mi vieja, mi hermano y cuñada, recién recibidos de veterinario y bióloga, también se mudaron a Trelew".

Entonces llega la noche larga, la represión multiplicada, los allanamientos, el golpe de Estado: "En su primer acto de gobierno, el interventor marino en la Municipalidad me declara 'prescindible'". Desaparecen más amigos y Maida pierde sus empleos. "Vivía exclusivamente de los pocos y valientes pacientes del consultorio; una de ellas, una actriz muy conocida, me decía que sentía que el diván era una bomba que podía explotar en cualquier momento; otro, psicótico, me ayudaba a huir de la realidad".

Vendió su auto y Amaya le prestó el suyo, un Fiat 1500 verde. Hasta que el abogado radical es secuestrado junto con Hipólito Solari Yrigoyen. Devuelve el auto a la madre y la muerte de Amaya lo sumerge en "un estado de profunda tristeza y confusión".

"Era el momento de partir, de irse lejos, de desaparecer para no ser desaparecido". De otra forma sería su turno. "A pesar de no llegar ni cerca a la enorme dimensión política y humana del petiso Abel, ni de ser líder guerrillero, ni siquiera guerrillero, mi proximidad con ellos no iba a ser perdonada".

No había pasado un mes del entierro. Un Falcon ver-

de y un coche oficial de la Policía provincial estacionan en Juan Muzio 190. Lala los ve desde la cocina. "Un Falcon verde era fatal; un auto oficial, una esperanza". Acabó en el piso del vehículo con botas pisándolo. Lala fue al baúl y por 40 días nadie, ni ellos, supo donde estuvieron. Era Bahía Blanca y era la tortura tan temida. El mismo día se llevaron a Ángel Bel (ver foto).

"Nuestro secuestro y el de Bel fue por haber sido apoderados de los dos máximos jefes de las organizaciones armadas: Bel de Roberto Santucho, líder del Ejército Revolucionario del Pueblo, y yo de Roberto Quieto, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Para los milicos el 22 de agosto era una obsesión".

Aún así Maida no vincula la Masacre con el "Trelewazo". "Por ser un acto inesperadamente cruel y asesino, el fusilamiento sensibilizó a los vecinos pero no llegó a provocar, por miedo o distanciamiento, ninguna reacción. Tratar de asociar la pueblada de Trelew a una respuesta directa a la Masacre es producto del desconocimiento de los hechos o de un defecto de la memoria, siempre tan infiel, o de mala fe histórica".

Para Maida, en cambio, el Trelewazo "se debió a la convergencia de sectores heterogéneos que reaccionaron frente a la prepotencia y a la violencia de los operativos del 11 de octu-

bre y a la detención de 16 de sus vecinos".

En este sentido, "el Trelewazo es del orden de Fuenteovejuna al fin de la Edad Media, de la Comuna de París en el siglo 18, del Cordobazo, insurrecciones populares espontáneas y autogestivas, momentos calientes de la historia donde surge la creatividad en las acciones, en sus canciones, la alegría transitoria de la libertad y de la soberanía, de crear sus propias reglas, del deseo de no someterse a una historia impuesta desde afuera".

40 años después Maida trabaja en São Paulo, Brasil. Es supervisor clínico en una red de salud mental, participa de proyectos en Economía Social, milita en el PT de Lula. "Entendí que en cualquier lugar se puede trabajar contra la injusticia y a favor de la solidaridad. Si estuviese en Trelew haría lo mismo pero viviendo en el lugar que había elegido, con los amigos que quedan y los nuevos y cobrando una merecida jubilación que no obtuve por no haber cumplido los años necesarios de trabajo y contribución".

"No me quejo, lo más importante es estar vivo, privilegio que muchos amigos y compañeros ya perdieron". Lee las noticias de Argentina y de Chubut. Cada año lo visitan amigos. Tiene tres hijas: dos treleweneses y otra brasilerera de un segundo matrimonio. Tres nietos fantásticos. Maida vive.#



UNA PAREJA DE TRELEW SALVADA POR SUS VECINOS

Negrín, Montalto y un homenaje a los anónimos

Ella es médica y su marido era periodista. Integraron la Comisión de Solidaridad. Rescatada por aquella movilización, pide “el justo homenaje a todos aquellos que llenaron las calles para pedir que nos liberaran”.

Celia Negrín no quiere ser ubicada como protagonista de los hechos de octubre de 1972. “El homenaje más fuerte es al pueblo”, le dice a **Jornada** desde su casa en Buenos Aires. Por ello rechaza la entrevista pero quiere participar a través de un texto con su reflexión.

“Este aniversario es tan importante como cada uno de los anteriores”, expresa la médica en su carta. En esta oportunidad prefiere pasar la fecha rodeada por sus hijos y nietos.

Presos de la solidaridad

Celia Negrín ejercía como pediatra del Servicio de Neonatología cuando la detuvieron en aquella vergonzosa madrugada del 11 de octubre de 1972. Se la llevaron junto a su entonces esposo, Luis Montalto, periodista del diario *El Chubut*. El

operativo militar que los sacó de su casa de Trelew y los obligó a dejar a sus hijas buscaba “garantizar el orden y la tranquilidad pública”, que se veían “perturbados por la acción de elementos vinculados con actividades subversivas”.

Para la dictadura la pertenencia a la Comisión de Solidaridad con los presos políticos ya era motivo suficiente para la sospecha y la persecución. Además Celia había aceptado ser médico de parte para verificar el estado de salud de María Antonia Berger, Alberto Camps y Ricardo Haidar, los tres sobrevivientes de la Masacre de la Base Almirante Zar. No llegó a verlos: cuando se hizo presente en la unidad, el 23 de agosto por la tarde, el jefe le comunicó que los militantes ya habían sido trasladados al Hospital Naval de Puerto Belgrano.

La presión popular de octubre resca-

tó a sus vecinos: Luis fue liberado en el primer grupo y esperó a su mujer en la casa de las hermanas que Celia tenía en La Plata. “La represión no buscaba terroristas”, dice Montalto en el libro *La pasión según Trelew*. “Quería escarmentarnos a nosotros por haber sido solidarios con los presos. Ellos sabían muy bien que aquí jamás hubo bombas ni atentados personales”.

A su regreso, después del 20, el matrimonio alcanzó a participar de la Asamblea del Pueblo. Las fotos en blanco y negro de los diarios los muestran rodeados en el Teatro Español (foto). Y la Asociación de

Entidades Periodísticas Argentinas publicó un comunicado celebrando el retorno del trabajador de

prensa. En ese momento todavía se luchaba por la liberación de Gustavo Peralta, Ángel Bel y Mario Abel Amaya.

Después de la acción exitosa del alzamiento popular, la vida volvió a la normalidad. Pero ésta no duraría mucho tiempo. Días antes de cumplirse los tres años del Trelewazo Manuel Negrín, hermano de Celia e integrante del ERP, murió en una emboscada tendida por el Ejército en Tucumán.

En 1976 la pediatra fue despedida del Servicio de Neonatología del hospital zonal, condenada así al “exilio interno”. Estaba embarazada de su tercera hija. Durante nueve años no volvería a ejercer en la medicina pública. Mientras tanto se dedicó a su consultorio particular y a su familia.

Montalto y Negrín se separaron en 2000. Él volvió a casarse en febrero de 2007, un año antes de morir. Jubilada desde 1991, Celia alterna su tiempo entre su cotidianeidad construida en Trelew, y su familia radicada en Buenos Aires.

Durante estos meses y hasta donde le permitió la sensibilidad, la médica ha presenciado algunas audiencias del juicio por la Masacre de Trelew. No es fácil cuando la historia toca tan de cerca.

El justo homenaje

A 40 años del Trelewazo, Celia Negrín escribió: “Recordar lo vivi-

do la madrugada del 11 de octubre de 1972 es repasar un hecho en mi vida y en la de mi familia. Un hecho que ocurrió hace cuarenta años. Este aniversario es tan importante como cada uno de los anteriores. Durante estos cuarenta años, muchos de los protagonistas pasaron desapercibidos en este Trelew que en el mismo tiempo creció cinco veces.

Todavía no nos hemos ocupado de aquellos que en esos días golpearon nuestras puertas y con la mayor impunidad hoy siguen bien tranquilos. Ni tampoco hemos rendido el justo homenaje a todos aquellos que llenaron las calles de Trelew para pedir que nos liberaran, desafiando ese manto de terror tendido sobre todo nuestro país con la Masacre del 22 de agosto, aún hoy impune.

Reitero mi más entrañable recuerdo a los que llenaron el Teatro Español y recorrieron las calles. Algunos aún hoy siguen luchando por causas por las que vale la pena jugarse.

En estos cuarenta años vivimos en Trelew rodeados de afectos que nos ayudaron a sobrellevar los sabores del exilio interno, de la pérdida del trabajo, que nos acompañaron en el nacimiento de nuestros hijos, en la educación de los mismos. Gracias a cada uno de ellos: amigos, vecinos.

Quizás los aniversarios sean esto: obligarnos a repasar nuestros pasos y llenar páginas de agradecimientos a tantos desconocidos que cruzamos en el trajinar cotidiano”.#



UN HOMBRE ORGULLOSO DE SU LUCHA

Isidoro Pichilef, coraje de albañil

Mario Pichilef y su mesa llena de fotos de su padre Isidoro. Un libro de las primeras ediciones de La pasión según Trelew, de Tomás Eloy Martínez, leído y releído. Mario y su relato. Su papá vivía en Trelew en 1972 cuando el 11 de octubre fue detenido junto con Manfredo Lenzian.

Es el segundo de los cuatro hijos de Isidoro. “De chico siempre le preguntaba y él me contaba lo que había vivido. Siempre le insistía para que escribiera lo que había pasado y nunca me hizo caso. Ahora tendríamos sus palabras, lo que él transmitía, y no lo que yo recuerdo”.

Isidoro nació en Barril Niyeo, Río Negro. Integró la Comisión de Solidaridad con los presos políticos de Rawson. “Cuando entró a la Comisión y luego cuando lo detuvieron conoció gente del Partido Justicialista, pero nunca militó. Es más, luego de lo que le sucedió conoció más gente y participó más pero no militó”. Fue apoderado de Gregorio Flores, el sindicalista de Córdoba, que “había pedido que fuera un obrero. Y mi viejo era uno de los

menos instruidos: era albañil y de Gregorio aprendió un montón”.

Padre de pocas palabras, “no era muy hablador”, se ríe Mario. “Pero conmigo en particular siempre hablaba mucho aunque quedó la deuda de que lo escribiera”. A Isidoro siempre le llamó la atención el movimiento político de Trelew.

“Esa madrugada le golpearon la puerta y entraron, ellos estaban durmiendo con su amigo y se los llevaron a unas carpas, estuvieron unas horas y siempre tenía patente que los subieron a un Hércules”. Los militares enfurecieron y le pusieron un cuchillo en el pecho cuando el albañil les juró que no era afiliado a ningún partido político.

Subido en la caja de un camión, con lona, Isidoro no sabía qué pasaba. En las carpas del aeropuerto viejo le sacaron fotos, le dieron sándwiches y gaseosas. “Pese a saber que era apoderado de un detenido que ni siquiera intentó fugarse, no sabía qué le iba a pasar. Los llevaron a El Palomar, de ahí a la penitenciaría. Siempre dijo que les daban de comer y le cortaron el pelo pero no le pegaron”.

Le sacaron las huellas digitales y en otro interrogatorio insistió con su falta de afiliación política. Un policía federal le dijo “te vamos a afiliarnos a la Nueva Fuerza”. Era un partido conservador que no duró nada, fundado por Álvaro Alsogaray.

Sí lo maltrataron psicológicamente. “No pude comer de los nervios durante esos días, eso tenía muy presente: su falta de apetito. Sufrieron mucho maltrato verbal, sumado a la incertidumbre de no saber qué pasaría. No sabían nada”. Hasta su li-

beración, el 16 de octubre, su mundo era sopa, guiso y mate cocido.

Pichilef no regresó en avión. Cuando salió del penal llegó tarde a la terminal con el pasaje que le dieron los militares. “Por sus propios medios fue a lo de su hermana Martiniana, que vivía en Buenos Aires, y lo recibió mi otra tía, Telésfora. Cuando les contó estuvieron orgullosas de su gesto, que no era otra cosa que acompañar a alguien que necesitaba con quien hablar, que le llevara yerba, algo que hizo mucha gente y les costó su secuestro”. Sus padres ya eran viejos, no quiso disgustarlos con la noticia.

Sus hermanas le prestaron ahorros propios. En tren hasta San Antonio Oeste y de allí micro a Trelew. “Hasta que llegó pasó otro par de días. Por eso pudo leer los diarios que decían ‘Continúa detenido el estudiante Isidoro Pichilef’, y él se reía mucho de eso, porque no era estudiante sino albañil”. Llegó a la 1.30 y “cuando entró al Teatro Español la gente gritaba”.

Al regreso Isidoro no le pasó bien en Puerto Madryn. “Mi padre no se sentía cómodo, con los meses se le complicó estar en la zona. Sentía que habían quedado marcados y le costaba conseguir trabajo de lo que él sabía, que era ser albañil. Cada vez tenía menos puertas abiertas para trabajar”.

Pichilef y su señora se marcharon a Mar del Plata. “Estuvieron unos años allá; la pasó muy mal de salud pero en la nueva ciudad comenzó a enderezar su pasar económico. Allí también hizo nuevos contactos”, relata Mario. Hubo persecución. “Sentí que por ser él le costaba conseguir trabajo en la zona: estuvo en Trelew, Rawson y Madryn, pero nada”.

Pese a estas barreras, “siempre sostuvo que Trelew en ese entonces se movió mucho, que la gente era mucho más política. Lo que vivieron, que detuvieran a la gente de esa manera, que asesinaran, que desaparecieran, que se llevaran gente porque sí, hizo un clic: que Trelew se moviera y ser parte de eso lo llenaba de orgullo”.

En 1978 Isidoro volvió a Madryn. En el '79 nació Mario. Pichilef siempre quiso regresar a la ciudad del Golfo mucho

Fue apoderado del mítico sindicalista cordobés Gregorio Flores. Liberado, volvió a Trelew como pudo. Fue perseguido, se sintió olvidado y recién en los últimos años pudo saborear la reivindicación de aquellas luchas populares.

más que a Trelew, que traía mal recuerdo. De todas formas, “mi padre conoció Madryn en el '68, antes de que esté Aluar, cuando hizo el servicio militar. Lo mandaron en barco y como Madryn era un pueblo y Trelew era más grande se quedó en el Valle. Al final el mar lo hizo decidirse, aunque políticamente siempre le tiró más Trelew”.

Ante el avance de la causa por la Masacre de Trelew, “antes de que falleciera, hace dos años y medio, ya se comentaba sobre el juicio, y él dijo enseguida que iba a estar ahí todos los días”. 1972 lo marcó para siempre. “A 40 años estaría contento, sobre todo porque en estos últimos años se reconoce más a la gente y al hecho en sí. Estaría más que alegre. Los años antes de morir lo invitaban siempre a recordatorios y actos. Siempre participaba porque estaba orgulloso de haber sido parte”. Según Mario, “él hubiera ido todos los días al juicio en Rawson; el destino no quiso que lo vea pero le hubiese encantado”.

Isidoro habló de política hasta sus últimos años de vida. Creía que nadie había reconocido lo suficiente aquella movilización. “Decía que estaba bueno, miraba 10 años para atrás y notaba la diferencia, era necesario que se reconociera la Masacre, que hubo persecución política y que se hicieran más actos”.

“Usaría palabras distintas a las mías: diría que hay que recordar, tener presente el pasado pero no vivir en él, seguir luchando para estar mejor. Diría algo más completo porque tenía el don de plasmar su idea de manera concreta, yo soy más vueltero”. Sonríe Mario.

Internado en Buenos Aires,

a Isidoro “lo visitó mucha gente que la vida le dio como compañeros de lucha”. El Trelewazo no es un tema de charla habitual en la familia. “Pero yo lo recuerdo mucho, siempre hablé con él de esto. Hace 13 años que mis viejos se separaron y siguieron su camino, pero tengo siempre presente lo vivido y teníamos en cuenta las fechas”.

Los otros hijos son Fabio, el mayor, nacido en Mar del Plata, Ivana y Anabel. En cuanto a La Pasión según Trelew, “mi viejo lo leyó varias veces y decía que en las ediciones viejas contaba bien lo que había pasado; cuando estuvo en Buenos Aires le regalaron la última edición y decía que estaba cambiado y no coincidían sus relatos y los de sus compañeros tanto como en la primera”. Isidoro era loco por la lectura y saltaba de libro en libro. Murió a los 63 años en Madryn, luego de cuatro meses de internación en la Fundación Favaloro de Buenos Aires. #



EL MAESTRO RURAL QUE ADOPTÓ PATAGONIA

Ángel Bel, pedagogía de la lucha

Integró la Comisión de Solidaridad como apoderado de Mario Santucho. Fue uno de los últimos liberados por el Trelewazo. Secuestrado por un grupo de tareas, hoy permanece desaparecido.

Ángel Bel dejó una marca en todo aquel que lo conoció. De eso da fe Hilda Fredes, con quien el maestro se casó en 1975. "Todavía hoy aparece gente que me dice 'cómo lo quería'". En noviembre se cumplirán 36 años de su desaparición.

Ángel había llegado a la Patagonia en la década del 60 para cumplir el servicio militar en Comodoro Rivadavia. Recién recibido de maestro rural, tuvo como primer destino la escuela de Sepaual, una aldea escolar chubutense.

De vuelta en el Valle Bel conoció a Hilda Fredes (foto), quien trabajaba en la organización del gremio textil como empleada de una fábrica. Para ese entonces Ángel ya combinaba su tarea docente con la militancia en el Partido Comunista. "Él venía de un sector cristiano y encuentra en el marxismo la posibilidad de luchar por lo mismo que buscaba con la acción católica: terminar con la miseria, que las riquezas fueran compartidas".

En 1972 el castigo militar contra la solidaridad de Trelew iba a tener al maestro como uno de sus blancos. Pero la cárcel no era nueva para Ángel: en 1970 pasó uno año en la Unidad 6 por una ley de represión del comunismo. Cuando salió libre se sumó a la Comisión de Solidaridad con los presos políticos, e incluso fue más lejos: a espaldas

del Partido Comunista aceptó ser apoderado del dirigente del PRT-ERP, Mario Roberto Santucho. La represión no le perdonaría ese vínculo.

Hilda también fue parte del grupo que recibía a los familiares de los detenidos. Recuerda que grandes y chicos eran alojados en las casas particulares, pero comían juntos en el local del Partido Justicialista, en donde se organizaba la olla popular. "Rescato a esas compañeras anóni-

DESTINOS

Por la ley de represión del comunismo, en 1970 el gobierno de facto detuvo a una decena de militantes del partido. Ese año sólo permanecieron encarcelados Ángel Bel y Sergio Soto, quien también volvería a caer en ese octubre histórico.

mas que cocinaban, que atendían a la gente. Era un Trelew solidario. Posiblemente era ese Trelew de la gesta galesa, porque lo solidario se construye".

Octubre revolucionario

La madrugada del 11 de octubre el docente fue

llevado de la casa de su hermano. En un camión los uniformados del V Cuerpo del Ejército lo trasladaron hasta el aeropuerto, en donde lo reunieron con el resto de los detenidos. "Cuenta Elisa (Martínez) que en el vuelo para Devoto Ángel iba muy nervioso. Como ya había estado preso percibía que a él podía pasarle algo".

Fredes asegura que Bel nunca dijo mucho sobre los días en el penal: "Se lo trató bien. Contó que compartió la celda con Gustavo (Peralta) y que discutía de política todo el día. Prácticamente no tuvieron problemas".

Mientras tanto se desarrollaban las históricas jornadas en un Teatro Español transformado en "Casa del Pueblo". "Después de la Masacre estuvimos shockeados un mes y medio, y en octubre la situación reventó". Fredes asegura: "Había organización política. Si no, no hubiera sido fácil generar esa movilización. Todos los partidos se acercaron, ninguno estuvo ausente, y eso fue importante para conseguir las liberaciones".

Como testigo de ese octubre histórico Hilda resalta la participación de los vecinos de La Laguna. "Las grandes movilizaciones salían y

pasaban por los barrios. Recuerdo a Elva Sabachuc de Peralta, una luchadora de base del Partido Justicialista que la pasó mal, y que no tuvo grandes homenajes. Eso también debe rescatarse en estos cuarenta años".

La presión popular no cedió y la vuelta de los dos últimos detenidos se hizo realidad. En Buenos Aires una hermana de Hilda fue la encargada de darle a Ángel y a Gustavo Peralta un pasaje de avión para el regreso. Los ex compañeros de celda llegaron el 28 a las 11.45 y fueron recibidos por un pueblo victorioso (foto). "La Asamblea del Pueblo, que ahora se ve tan lejana, fue muy cálida pero significó un proceso revolucionario. Ahí se vivió un momento importante de liberación".

Fredes asegura que después "se habló poco" del tema. "Hacíamos silencio, como que no había pasado nada. Rápidamente habíamos comenzado a armar la personería del partido y estábamos en otra cosa, queriendo olvidar lo de 1972. Recién con la detención de Mario Amaya se empezó a hablar más".

-¿Cuál es tu reflexión en este aniversario?

"Los setenta fueron un momento histórico importante que combinó, por un lado, la etapa represiva y por otro el cambio, la liberación. Los homenajes tienen que ser por lo que se construyó, porque cada combatiente luchó por un mundo mejor. El aniversario también significa poder haber llegado al juicio (por la Masacre). El pueblo ya sabe qué hicieron los responsables pero falta aún la otra condena. Queremos que octubre sea un mes de festejo porque llegamos a una meta importante. Y necesitamos que se haga el juicio de Mario Amaya e Hipólito Solari Yrigoyen. También hace a los cuarenta años porque a ellos se los midió con la misma vara. El sistema capitalista actuó para todos; para secuestrar, para torturar y para matar.

-¿Qué pensaría Ángel a 40 años?

"Seguiría por la misma senda. Ángel hubiese tomado el mismo camino que eligió el pueblo. Él era un hombre de grandes alianzas. Hubiese seguido siendo marxista. Seguiría dando lo mejor de sí, siendo solidario, en la tarea del cambio revolucionario.

En 1975 Bel pudo volver a dar clase después de haber sido despedido. Pablo, su único hijo, nació en febrero del año siguiente. Ángel alcanzó a disfrutarlo sólo ocho meses. El 5 de noviembre de 1976 fue detenido en la zapatería que tenía en el centro de la ciudad. El bebé, que en ese momento estaba a su cuidado, fue devuelto a su madre por una vecina.

Insólitamente, para realizar la denuncia por la desaparición Hilda debió esperar 24 horas. El día de la detención las dos comisarías de Trelew estaban cerradas. #



EL RECUERDO DE UN MILITANTE HECHO Y DERECHO

Gustavo Peralta, con la doctrina en el corazón

A 40 años, su mujer de entonces asegura que aquella detención afirmó más sus deseos de revolución. Que hoy estaría orgulloso de haber sido protagonista y que repetiría entera la película de octubre.

Lowizna. Un departamento mínimo en Roca 745 de Rawson. Un poco la casa de Nélida "Bidu" Burgueño y Gustavo Peralta; otro poco la casa de familias de presos políticos. Ambos militantes de la Juventud Peronista, tenían un año de matrimonio, sin hijos. Clareaba el 11 de octubre del '72. Estaban levantados para el trabajo cuando llegó el allanamiento. Fue un amontonamiento de Gendarmería, Ejército y Marina. "El lugar era muy pequeño y entró tanta gente que no había lugar: tenían las puertas abiertas y algunos estaban en la vereda". No había espacio para caminar entre las 178 bolsas con yerba, azúcar, tabaco, cigarrillos y fósforos, viandas para los detenidos de la Unidad 6. "Íbamos como hormiguitas a la cárcel a dejar esas cosas de las que no les proveía nadie".

La noche anterior Gustavo tuvo el dato del rastillaje militar. No se sorprendió. Su casa estaba marcada desde la fuga del 15 de agosto. La requisa fue larga porque anotaron en un acta cada cosa sospechosa. "En un momento se tornó violenta porque buscaban"

ban armas y Gustavo les dijo "Las que tenemos están en ese cajón". Y lo único ahí eran los cubiertos. Los testigos eran empleados de la panadería de enfrente.

Un militar quiso descolgar un cuadro de Eva Perón. "Ahí sí me enojé muchísimo. Estaba todo bien pero el cuadro no, hubo una discusión y no se lo llevaron". Sólo secuestraron un par de libros. Ya desde los 18 ella era delegada en el gremio estatal por el Registro Civil y cursaba Profesorado de Historia. En su biblioteca estaban Pedagogía del Oprimido, de Paulo Freire, y un libro de inglés de 5º año. Contra toda lógica se llevaron el segundo. Con un movimiento de prestidigitador, Peralta ocultó los planos del acto popular pensado para el 17 de octubre.

A "Bidu" le quedó grabada la escena de Gustavo con la frente en alto, digno, caminando esposado por el centro de la calle, la silueta recortada en el amanecer. Era empleado de la Dirección de Automotores y había fundado un gremio estatal. Los vecinos pegados a las mirillas. "Todo Rawson sabía que éramos militantes de la JP".

Tras la Masacre de Trelew amedrentaba ver a tantos militares juntos. "Había que conseguir un teléfono para llamar a algún abogado pero era un problema: en ese momento estaban todos"

en la misma situación, con la incertidumbre de dónde iban. Pero no era un clima de sorpresa". Tras los 16 fusilamientos de la Base Zar "se palpaba en el ambiente la tensión de saber que en cualquier momento podía ocurrir algo".

-¿Por qué no te llevaron?

-Siempre me lo pregunté y nunca lo supe porque en realidad yo tenía el mismo compromiso. Después leí la Doctrina de la Seguridad Nacional y eran apuntes terribles sobre la selectividad: agarrar a uno para amedrentar a 20. Como en las fábricas, que para generar culpa se llevaban un obrero pero no al delegado de gremio. Cuestiones muy trabajadas desde la perversidad y desde la psicología. Lo veo por ese lado.

No fue la primera caída de Peralta. "Hubo breves detenciones cuando nos pescaban pintando paredones". Ese miércoles 11 ella no tuvo miedo. "Estábamos tan convencidos de que lo que hacíamos era correcto que uno sabía que podía ir preso; era parte del presupuesto del compromiso asumido". Miedo no, pero incertidumbre sí. "Sentí la angustia del que se queda, de saber qué le pasó al otro". Aún ni sabía de las otras 15 detenciones.

La esposa de Peralta había sido apoderada de Susana Lesgart, una de las 16 fusiladas de Trelew. "Bidu" iba los jueves a la cárcel capitalina. Era un grupo militante con nombres como Araceli Di Filippo, Tomás Bastida, Marta Ferrer, los hermanos Cugura. "Militábamos en los barrios, algunos entrábamos al penal para comunicar a los presos con los barrios, para que se supiera por qué estaban ahí y por qué peleaban". Todos pusieron plata para alquilar una casa en Rawson para los familiares, sobre Alejandro Maiz. "Las nuestras ya eran pequeñas y los grupos eran cada vez más numerosos".

"Sacar de contexto lo que nos pasaba en ese momento sería tan injusto como medir la historia con los valores afianzados de hoy -reflexiona-. En ese momento teníamos una dictadura y hasta la Constitución avalaba que uno tiene que luchar para alcanzar las libertades y que el pueblo defina qué democracia quiere".

Con Gustavo preso se enteró de las carpas y el Hércules en el aeropuerto

viejo. "Ahí empieza el movimiento de militantes y nos organizamos para poder llevar al Teatro Español a la gente de los barrios. Nada te inmovilizaba. Después aparece el protagonismo de la asamblea, donde hubo tantos héroes. Había que tener mucha decisión y estar muy convencido, y no de una idea política, porque había muchos independientes".

"Bidu" rescata a los anónimos. "Gestos de afecto y de solidaridad espontáneos y maravillosos como poner una moneda para imprimir los panfletos; o el que tocaba el piano en las asambleas, a quien nunca había visto en ninguna actividad y estaba ahí, convencido; los comerciantes que cerraron todo y paralizaron Rawson y Trelew; la Confederación General del Trabajo que no estaba muy de acuerdo pero se le pasó por encima porque fue una de las manifestaciones más numerosas de esas épocas".

Visto así, el Trelewazo ya no era casual. "Lo terrible es que no podamos tener memoria de todos, porque cada uno que participó tenía la riqueza del ciudadano que expresa lo que le viene pasando y cree en una posibilidad de cambio". En el aire flotaban la Primavera de Praga, el Mayo del '68, el Cordobazo, "ese movimiento de transformación en el mundo tratando de hacer morir las viejas estructuras, donde el poder era algo muy chiquito que compartían pocos. Subyacía la necesidad de un cambio".

Burgueño se perdió la mitad de las asambleas: fue elegida junto con Silvia García, esposa de Orlando Echeverría, para ir a Capital Federal a gestionar la libertad de los 16. Hablaron con Arturo Frondizi. Y lograron que la Asociación Gremial de Abogados acompañara a los trelewenses en Devoto.

-¿Cómo fue la postal del regreso?

-Muy emocionante, fueron los últimos junto con Ángel Bel. Una iba perdiendo la esperanza. Es que a medida que llegaban se tenía la alegría de recibirlos, era un enorme triunfo para todos los ciudadanos pero uno también quería a su familiar. En ese momento tenía un sentido colectivo de la vida tan grande que disfrutaba la libertad de todos los compañeros. Pero la asamblea iba perdiendo fuer-

za porque eran muchos días y era un gran esfuerzo de movilización al Teatro. Se hacía más difícil pensar que ibas a conseguir la libertad.

El 27 de octubre Peralta hizo el camino de todos: del aeropuerto al Español. "No se quebró para nada. Estuvimos juntos 18 años, hasta volver del exilio, y fue una persona entera y muy convencida de lo que hacía". De nuevo en Trelew estaba apurado por recomenzar la militancia. Era el mismo tipo. "Aquella detención consolidó lo que pensábamos y nos convenció de estar en el camino correcto".

"Él era así y vivió las consecuencias con los años, porque generalmente a quien conduce le exigís que tenga una caparazón y quizás no pueda expresar los sentimientos que cualquiera siente ante estas cosas, que son muy fuertes; la privación de la libertad es uno de los hechos más inmotivados porque estar a disposición del Poder Ejecutivo Nacional quiere decir que no tenés una causa, pero cuando lo hacés desde nuestro lugar, lejos de ser un castigo era una medalla". Con los años "Bidu" también pagó un precio: "No puedo ver una película y trato de preservarme y de no andar mucho por el pasado para no abrir heridas que no quedaron bien cerradas".

Gustavo cayó preso de nuevo en el '75. Compartió el exilio con su mujer. Venezuela, Perú, Ecuador, Suecia (ver foto). Regresaron en el '84, derecho a Rawson. "Lo único que quería era volver. A compañeros de otros lados siempre les llamé la atención de donde era yo. Qué lejos, me decían. Y siempre contesté lo mismo: ¿lejos de qué? Acá crecí, tengo todo y no me falta nada". No salió todo tan bien pero nunca se sintió derrotada, dice que siempre hay un lugarcito para la memoria de los compañeros.

-¿Qué pensaría hoy Gustavo del Trelewazo?

-Uno nunca puede ponerse en el corazón y en el pensamiento del otro, pero conociendo el militante que fue, un cuadro político absolutamente preclaro en la doctrina, toda la vida sintió por esos hechos un enorme orgullo y no me cabe la menor duda de que lo volvería a hacer con todo el amor con que pudo hacerlo.#



POSTALES DE TRELEW A PERGAMINO

Horacio Correa, un loco intocable

Lo arrancaron de una pensión y la represión lo siguió a sol y sombra por todo el país. "El Trelewazo le sacó un peso al pueblo argentino", dice a la distancia.

Cinco o diez pesos. Horacio Correa no recuerda cuánto pero sí que la plata se la prestó Manuel Del Villar, ese escribano desconocido pero amable encerrado en la celda siguiente. Con ese dinero incentivó al carcelero para que no lo rape. "Así no te pasaban la de acero", cuenta.

Un día antes, el 11 de octubre de 1972, Correa vivía en una pensión de Trelew, pasaje Santiago del Estero 272 (ver foto). De madrugada al menos 10 hombres armados golpearon fortísimo. Les abrió. "Yo estaba con doña Julia, la señora que me alquilaba". A la mujer la tiraron del colchón y la mandaron a la cocina. La cosa no era con ella. Abrieron un baúl viejo y todo lo que hallaron fue un recorte del diario Noticias.

Horacio estaba semidesnudo. ¿Por qué no dejan vestirse a este hombre?, reclamó

J u -

lia. Se puso un pantalón antes de que lo esposen y lo tiren al camión militar. "Me preguntaban de todo y tenían una foto mía, del 2 de mayo del '69 cuando quisimos tomar la Gobernación. 'Qué hacía ahí', me preguntaban. Les dije que ese día no se trabajaba, tomé unas copas en un bar y fui a embronar un poco".

Con 32 años, Correa militaba en la Juventud Peronista. Era de Vedia, provincia de Buenos Aires y lo habían detenido un par de veces, por algunas horas. No como ahora. Hacía mucha política en los barrios de Trelew y Rawson. Trabajó para la Comisión de Solidaridad con los presos de la Unidad 6. "Polítizábamos los barrios y teníamos una de las movilizaciones más rápidas: en 40 minutos metíamos 80 personas". En cada Nochebuena y Año Nuevo salían a la calle con tarros, para hacer ruido con los vecinos, una forma de compañía a los presos.

Ahora iba rumbo al aeropuerto viejo pero no sorprendido. "Era esperable -recuerda-. Hasta hicimos la primera Convención de la Alegría, con 600 personas, música y rock frente a la Legislatura, para que los muchachos escucharan que el pueblo estaba". Los militares le hicieron callar la boca cuando encontró a los otros 15 en la carpa y los saludó con un "hola compañeros". La incertidumbre le dio miedo.

Correa juró que del Operativo Vigen

lante en Trelew participó Leopoldo Fortunato Galtieri. Que viajó con ellos en el Hércules y se bajó en Bahía Blanca. Y que el piloto del avión le deseó buena suerte.

Llegaron a Devoto. Gustavo Peralta le susurró "nos salvamos": serían presos registrados y no irían a la Dirección de Investigaciones Políticas Antidemocráticas, célebre por las torturas. Peralta quedó en la celda 7, Correa en la 8, Del Villar en la 9. "Gustavo tenía más cancha: a un guardiacárcel le dio diez pesos para que le alcance el diario. Así nos enteramos de la movilización. No lo podíamos creer".

-¿Cómo fue el regreso?

-Habría mil personas en el aeropuerto. Nos llaman a la medianoche y un oficial nos dice que estábamos libres y que nos daba pasajes en colectivo. Le dije "No, a mí me trajeron en avión y me regresan en avión porque en colectivo no voy". Consultó al Ministerio del Interior y nos cambiaron el pasaje. Uno era un inconsciente, si hoy me decís que salgo, me voy a la Patagonia a pie.

Para Correa, el hijo de una familia de 12 hermanos que llegó a 5º grado, la emoción en el Teatro Español fue "demasiado grande". Nunca olvidará su discurso. "Fueron palabras que sentí en el alma: les dije 'Compañeros, esperemos que haya sido la primera y última vez, pero no lo creo. Igual tengan en cuenta que respirando, yo me salvo'".

La película del Trelewazo se le grabó. "Era una plaza llena y fue increíble la organización del mismo pueblo para autoabastecerse". No tenía familia en Chubut. Padres y hermanos supieron su suerte por los diarios. No les extrañó nada. Horacio era constructor sanitario y gasista, pero su vida tenía otro margen.

-¿Por qué te detienen?

-Porque como militantes empezamos a pesar demasiado y nos organizamos. Pertencí a la comisión de salarios de la provincia como representante de Vialidad Provincial, donde trabajaba cuando me detienen. También en el sindicato de la administración pública. Al volver pedí el traslado a Puerto Madryn.

Una madrugada iba a su casa. Eran las 6 y el frío traspasaba. Vio un grupo de 15 mujeres solas en la Plaza San Martín. Se bajó

de su Fiat y las señoras se asustaron. Hasta que habló: "Vivo por acá y tengo una cocina grande, vayan y tomen café porque acá se van a morir". Eran familiares de presos políticos que hacían tiempo hasta la visita de la tarde en la Unidad 6, sin conocer la ciudad.

Las mujeres no olvidaron el gesto y de regreso en Buenos Aires difundieron que había un lugar confiable. "Había personas todos los días, como la hermana maestra de Mario Roberto Santucho. Una noche había tanta gente acostada hasta en la cocina que durmió en la misma cama con doña Julia. Luego conocí a sus dos hermanos abogados". Correa estuvo a punto de ser apoderado de Rubén Bonet, luego víctima de la Masacre. Pero antes ocurrió la fuga.

La represión lo buscó y en 1976 fue torturado en la Base Almirante Zar. Otras veces escapó por un pelo ya que se mudaba seguido. Una tarde viajó de Córdoba a Madryn para casarse. Salió a las 19. Ocho horas después el Ejército y Coordinación Federal golpearon su puerta en el norte. "Apenas volví me avisan que habían ido a buscarme. Ni ropa agarré: desaparecí".

Terminó alojado por un hermano policía. Estuvo tres meses. "Me voy a Córdoba", dijo una tarde. Mintió: fue al campo de un tío tambero durante casi un año. Eligió bien: un camión militar lo buscó en lo de su hermano. "También me salvé porque si me manotean seguro que hoy no estaría hablando".

Correa vive en Pergamino. Como para meterse en

clima y hacerse conocido, llegó y creó una Comisión de Inundados, por las crecidas de un arroyo cercano. "Eso es para quebrar las barreras imaginarias del sistema capitalista: te invita hasta ahí pero más adelante no te lleva".

-A 40 años, ¿qué fue el Trelewazo?

-Simbolizó la antesala de una evolución, del despertar de los pueblos. Hoy podemos hacer un ejercicio democrático pero no porque estamos superconcientizados sino porque se dieron varias cosas. Como experiencia, sirvió un montón.

-¿Por ejemplo?

-Para que le sacaran un peso al pueblo argentino. Le dejaron un terreno y un camino tan cortitos que Trelew pensó: "Para vivir así, es mejor morirse". Llegó a lo más profundo; fue la única ciudad donde se desafió a todo el sistema, que no se atrevió más. Yo me salvé por esas cosas de la vida y porque no salí de Trelew. Cada vez que salía me buscaban porque estaba clarito que Trelew era intocable. El sistema siente temor cuando se levanta un pueblo. Ya era mucho, ya habían muerto 16.

-¿Por qué te dicen "Loco"?

-Porque es una variedad de pensamiento distinta. Una persona dijo una vez: "A Correa tenés que dejarlo hablar y sacar lo bueno que dice. No lo cortés, siempre dice cosas nuevas. Tenés que escucharlo, nada más".#



UN SÍMBOLO DE LA RESISTENCIA

Mario Amaya, el ciudadano que honró a la Patagonia

Fue el primero de los detenidos y el último de los liberados. Referente, asesor y compañero en horas difíciles, lo mató una tortura feroz. Su caso espera justicia.

*POR HIPÓLITO SOLARI YRIGOYEN

En octubre de 1976 la dictadura militar asesinó a Mario Abel Amaya mientras se encontraba en prisión. Él era entonces un joven dirigente de la Unión Cívica Radical de Chubut que había ejercido el mandato de diputado nacional hasta el golpe de Estado de ese año. Nadie lo había acusado de nada ni tenía proceso de ninguna especie, ni se le reconoció derecho de defensa.

La culpabilidad compartida de estos hechos recayó en el régimen que, encabezado por Jorge Rafael Videla, había establecido el terrorismo de Estado; luego, y como ejecutores del mismo, en quienes estaban al frente del V Cuerpo de Ejército con sede en Bahía Blanca y con jurisdicción sobre la Patagonia, los generales René Azpitarte y Acdel Vilas. También compartió la responsabilidad el entonces mayor Carlos Alberto Barbot, quien desde el Distrito Militar de Trelew dirigía el área represiva local y tenía bajo su jurisdicción la cárcel de Rawson.

Ninguno de los nombrados tuvo la valentía de asumir los hechos que programaron, ordenaron o ejecutaron, ni se conoce que hayan tenido algún gesto de arrepentimiento. Azpitarte, Vilas y Barbot han muerto sin tener ninguna condena por los crímenes perpetrados. Los salvó una justicia demasiado lenta y en el caso de Vilas, además, su demencia.

Comienzo del horror

La detención de Amaya se realiza la madrugada del 17 de agosto en Trelew. Al mismo tiempo el Ejército me secuestra en Puerto Madryn. Luego se efectúan los traslados en avión a la Base Aeronaval de Bahía Blanca, y de ahí a la prisión clandestina que funcionaba en el Regimiento 181 de Comunicaciones de la misma ciudad, a los fondos del V Cuerpo de Ejército conocido como "la Escuelita", donde él y yo estuvimos desaparecidos.

El 31 de agosto se hizo el traslado, también clandestino, hasta las afueras de Viedma donde se simuló un tiroteo con la Policía Federal para hacer creer que quienes nos traían

eran "sediciosos". Del vehículo en el que veníamos atados y encapuchados se nos arrojó a una zanja lateral del camino, y enseguida nos detuvo la policía, mientras que quienes nos habían transportado huían. Al día siguiente nos llevaron a la cárcel de Villa Floresta.

El 11 de septiembre se ordenó nuestro traslado y el de otros catorce detenidos hasta la cárcel de Rawson. En la Base Aeronaval de Trelew recibimos un castigo feroz que se prolongó durante días. Este trato causó la muerte de los dos detenidos con salud más precaria: Mario Abel Amaya, que era asmático, y Jorge Valemborg, ex presidente del Consejo Deliberante de Bahía Blanca.

Ninguno recibió atención médica, pero además a Amaya se le retiraron el inhalador y sus medicamentos. La última vez lo vi en el baño de la cárcel: tenía una profunda herida en la cabeza, estaba morado por los golpes y hablaba con dificultad. Alcanzó a decirme "estoy muy mal".

Amaya fue trasladado al hospital de la cárcel de Villa Devoto, en donde falleció el 19 de octubre de 1976. Su madre, que fue autorizada a verlo antes del deceso, pasó frente a su cama del hospital sin reconocerlo por el estado en que se encontraba.

La represión a Amaya, que culminó con su asesinato, no fue un caso aislado: similares castigos sufrieron miles y miles de ciudadanos de distintas ideologías políticas, ajenos a las prácticas de la violencia pero cuyos pensamientos progresistas molestaban al régimen.

El primer detenido

Al momento de su muerte Amaya tenía 41 años. Había nacido en Dolavon, Chubut, el 3 de agosto de 1935. Su padre vino de San Luis para ejercer la docencia en Patagonia.

Mario Abel se educó en Trelew hasta terminar el colegio secundario y luego se trasladó a Córdoba, donde cursó sus estudios de derecho, militó en el Reformismo y se graduó de abogado. Regresó a Chubut y se dedicó al ejercicio de su profesión y a la enseñanza en el Colegio Nacional de Trelew. Se enroló en las filas de la Unión Cívica Radical desde su época de estudiante y luego adhirió

al incipiente Movimiento de Renovación y Cambio que habíamos fundado muchos radicales bajo la inspiración de Raúl Alfonsín.

Hombre inteligente y solidario, Amaya se vinculó a la defensa de los presos políticos enviados a Rawson. Fue apoderado del líder sindical Agustín Tosco: cuando regresó a Córdoba después de su liberación, Amaya y yo lo acompañamos en el avión y participamos del multitudinario acto de recepción.

El gobierno militar de 1972 puso a Amaya, por decreto, a disposición del Poder Ejecutivo cuando se produjo la evasión de la cárcel de Rawson el 22 de agosto de ese año. Nada tuvo que ver Amaya en ese episodio, pero se aprovechó su presencia en el aeropuerto de Trelew para castigar a quien, con su actuación política, molestaba a los gobernantes de facto. Amaya había ido al aeropuerto para entregar a una dirigente docente, gremio en el que él militaba y al que asesoraba, unos papeles que aquella debía llevar a Buenos Aires.

Fue trasladado a la cárcel de Villa Devoto y me honró designándome su abogado. Al cabodetres meses fue liberado por la enorme presión que se ejerció desde la Asamblea Popular de Trelew. Durante el período de su prisión sus amigos habíamos proclamado su candidatura a diputado nacional. Después de que en la convocatoria partidaria triunfara nuestra lista, en la que yo iba de candidato a senador nacional, fuimos electos en los comicios nacionales.

les de marzo y nos incorporamos a nuestras respectivas cámaras el 25 de mayo de 1973.

El joven diputado se distinguió en el ejercicio de su mandato por la defensa de las causas populares, de las libertades públicas y derechos humanos, del imperio del derecho y del orden constitucional, actividades mal vistas en el país desde diversos sectores del poder, dominados por comportamientos autoritarios.

Él figuraba ya en las listas negras de la intolerancia que los propios servicios de informaciones y sus grupos terroristas anexos, como la Triple A.

Acaecida su muerte, las autoridades no permitieron que el velorio de Amaya se hiciera en la Casa Radical ni en ningún otro lugar del centro de la ciudad. El caudillo radical de Mataderos, Liborio Pupillo, con generosidad y valentía, organizó su funeral en su barrio. La ceremonia contó con una rigurosa vigilancia de agentes

policiales y de informaciones. Sus restos fueron enterrados en medio de un similar clima represivo en Trelew, donde lo despidieron Raúl Alfonsín y Carlos Fonte, su colega en la Cámara de Diputados.

Tiempo después su madre se radicó en Luján, en San Luis, donde residía su familia de origen. Temiendo una profanación se llevó con ella los restos de Mario Abel. Allí descansan ahora, acompañados de los de su progenitora.

Mario Abel Amaya fue mi amigo íntimo y mi compañero en vibrantes y silenciosas jornadas. Por eso lo puedo evocar con conocimiento y admiración. Participamos de reuniones, asistíamos a asambleas, sosteníamos debates a favor de nuestras ideas. Después vivimos un mismo calvario.

Él era un idealista y un hombre bondadoso y sensible, cuyo permanente buen humor le permitía sobrellevar con resignación el asma que padecía y los contratiempos frecuentes de nuestras actividades políticas. Siempre alegraba a sus acompañantes con sus salidas ingeniosas y profundas. Fue, asimismo, un demócrata cabal que integró la legión de los que en la política argentina, como dijera Leandro Alem, se rompen pero no se doblan. #

* Extracto de una semblanza escrita por el autor, publicada en el diario La Nación al cumplirse el 25º aniversario de la muerte de Mario Abel Amaya.

